

7 ENSAYOS, 80 AÑOS

Simposio Internacional Conmemorativo de la aparición de la obra clásica de
JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

7 Ensayos, 80 años

DIRECTOR

SANDRO MARIÁTEGUI CHIAPPE

Nº 3 AÑO I
LIMA, MAYO DEL 2008

SARA BEATRIZ GUARDIA
COORDINACIÓN GENERAL

CONSEJO CONSULTIVO

Estuardo Núñez Hague
Sandro Mariátegui Chiappe
Roland Forgues
Aníbal Quijano
Antonio Melis
Ádám Anderle
Michael Löwy
Alberto Filippi
Sara Beatriz Guardia
Marco Martos
Arturo Corcuera
Edgar Montiel
Manuel Pantigoso
Ricardo González Vigil
Samuel Sosa Fuentes
Mirla Alcibiades
Héctor Alimonda
Alberto Quimper Herrera
Saúl Peña
Miguel Mazzeo
Philomena Gebran
Federico García Hurtado
Roberto Castelán Rueda
Marcel Velázquez
Renata Bastos da Silva
Néstor Taboada Terán
Alberto Aggio
Wilma Derpich
Pablo de las Torres Spinelli
Agustín Prado Alvarado

ALBERTO FLORES GALINDO

(1949 – 1990), historiador graduado en la Universidad de París, Nanterre. No obstante su corta existencia física, ha dejado una obra perdurable. Sus reflexiones sobre la historia y la cultura peruanas, aplicado al método marxista, ponen especial énfasis en el mundo andino y lo aproximan al pensamiento de José Carlos Mariátegui. Por ello, fue uno de los primeros escritores peruanos en advertir las sustanciales discrepancias que mantuvo Mariátegui con la equivocada concepción dogmática del marxismo que imponía el régimen soviético, a través de la III Internacional. Su obra “La agonía de Mariátegui”, publicada en 1956, es el documento que abrió los ojos a muchos de los estudiosos de la obra de “El Amauta” que seguían el pretendido marxismo ortodoxo que difundía la Unión Soviética, en contraste con la concepción heterodoxa de Mariátegui que era amplia y abierta de las nuevas corrientes de la teoría política, de la economía, la sociología, la antropología y el psicoanálisis, que en buena cuenta complementan y actualizan el marxismo difundido en los manuales soviéticos.



Transcribimos, a continuación, el enjundioso estudio sobre Mariátegui, que presentó Flores Galindo en el Seminario sobre el pensamiento político peruano, organizado por DESCO, Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo, en Lima, año 1987.

PARA SITUAR A MARIÁTEGUI por Alberto Flores Galindo

“Partimos al extranjero en busca no del secreto de los otros
si no en busca del secreto de nosotros mismos.”
(José Carlos Mariátegui)

Mariátegui tuvo como oficio el periodismo. Vivía de las colaboraciones que publicaba en *Variedades*, *Mundial* y algún eventual envío al exterior. Como estos ingresos no permitían solventar los requerimientos de su precaria economía familiar, Mariátegui se embarcó en la formación de una editorial y una imprenta. Pero estos proyectos tenían horizontes más amplios que las necesidades inmediatas y se confundieron con las revistas *Amauta* y *Labor*, y después con la organización de los obreros y del Partido Socialista. Todo esto fue emprendido en muy poco tiempo: entre 1923, después de su regreso de Europa, y abril de 1930, cuando se produce su deceso. Las condiciones en las que se gestó el discurso más original del marxismo latinoamericano no fueron, en apariencia, las más adecuadas. En todo momento Mariátegui estuvo asediado por dolencias físicas, debiendo dedicar a veces muchas horas a inútiles curaciones. No obstante, aparte de elaborar artículos, utilizaba la máquina de escribir para mantener una activa correspondencia con peruanos en el exilio, agentes de su revista, intelectuales de provincias, amigos. Una labor incesante que debía, además, sortear la vigilancia permanente y la observación de que era objeto por parte de la

policía: recordemos el asalto a la casa de Washington Izquierda. No contaba con las simpatías del régimen y fue acusado en alguna ocasión de integrar una conspiración comunista. Mariátegui negaría cualquier conexión con Moscú, pero admitiría su filiación marxista ¿Qué quería decir con ese término?

I

Cómo definir al marxismo de Mariátegui? Es obvio que la historia del marxismo no es la historia de una sola corriente, si no más bien del desarrollo de tendencias contrapuestas, enfrentadas entre sí, separadas por diferencias nacionales, sociales, conceptuales y culturales. Un sociólogo norteamericano Alvin Gouldner, propone una distinción, más didáctica que real, entre dos marxismos que habrían existido desde la fundación misma de esta manera de encarar la realidad. Marx sería una especie de ser con dos cabezas: de una lado estaría la tradición positivista y del otro lo que se denomina “marxismo crítico”. Gouldner sugiere que a lo largo de la historia del marxismo hay una especie de contrapunto entre ambas corrientes: la estructuralista, que privilegia los rasgos evolucionistas y se autodefine como ciencia y, de otro lado, un marxismo más bien historicista, que se asume como ideología y pasión. Este último es un marxismo voluntarista, mientras en el primero predominaría el determinismo.

CORRESPONDENCIA

Av. Larco Nº 299 - Miraflores - Lima 18 - Perú
Teléfono: (51-1) 712-0005 • Telefax: (51-1) 712-0006
e-mails: mariategui@minerva.com.pe
edicion@minerva.com.pe
sarabeatriz@telefonica.net.pe

Se agradece la más amplia difusión de este Boletín. Las personas o entidades interesadas pueden pedirlo, sin ningún costo a la dirección indicada.

Está permitida la reproducción de los textos e ilustraciones que aparecen en la presente publicación, con los créditos correspondientes.

EDITADO E IMPRESO POR LA
LIBRERÍA EDITORIAL
“MINERVA” - MIRAFLORES

Lea o baje estos artículos, también en: www.7ensayos80aniversario.com

Kautski y la social democracia de inicios del siglo XX serían una de las expresiones de la vertiente positivista, mientras Luckacs se ubicaría en el interior del marxismo crítico. Este esquema me parece básicamente didáctico y no agota la complejidad y heterogeneidad del pensamiento marxista, pero si lo admitimos momentáneamente, aunque sea con un carácter hipotético, podríamos adscribir el Marxismo de Mariátegui dentro de lo que Gouldner denomina como la tradición del marxismo crítico: un tipo de marxismo que no se siente necesariamente contrapuesto al hecho religioso y que, como este autor lo señala, incluye dentro de sus fuentes a muchas de las tradiciones milenaristas y utópicas del movimiento obrero y de la cultura popular inglesa del siglo pasado.

Este marxismo crítico está reapareciendo o cobrando un nuevo auge precisamente en la Europa de los años 20, esa Europa que Mariátegui visita, cuando reside y recorre durante más de dos años, tanto Italia como Austria y Alemania. En esos países, otros jóvenes intelectuales como él han comenzado a publicar o van a publicar en los próximos años. En Alemania hay intentos a favor de reconciliar al marxismo ya sea con la tradición cristiana o la tradición judía, estableciendo un diálogo entre el materialismo histórico y el hecho religioso. Es la Europa de Luckacs, de Gramsci, de Korsh, de Benjamín, de Adorno, de Schollem. Casi todos ellos han nacido algunos años antes que Mariátegui, pero ser joven en América Latina es siempre algo más prematuro que ser joven en Europa. Desde luego, salvo probablemente dos o tres pasajes de Gramsci (1891-1937) escritos en algún periódico como *L'Ordine Nuovo*, donde éste era articulista, no leyó nada de esos autores¹. Pero el ambiente que después va producir, por ejemplo, a la escuela de Frankfurt, es el que Mariátegui comparte con ellos. Es el que observa y vive. Su "escena contemporánea". Su Europa. A veces las ideas se propalan de manera tan imperceptible como los virus.

Europa era un mundo en que las convicciones, certezas y seguridades que inauguraron el novecientos, habían estallado, como esos obuses que destrozaron trincheras en Verdun o en Caporetto. La Gran Guerra puso entre interrogantes la idea del progreso y esa seguridad que exhibían antes los que se sentían "civilizados". Después algunos, como Paul Valéry, descubrirían que las civilizaciones (también) son mortales. Muy pronto otros, como Spengler, anunciaría la decadencia de Occidente. La vivencia del fin del mundo generó de un lado pesimismo y desaliento, mientras en otros producía esperanzas ante el advenimiento de una sociedad nueva. La primera vertiente conducirá al fascismo. La segunda al comunismo: ésta encontraría sustento en la revolución soviética. Desde el este parecía soplar un viento distinto. Eran tiempos de crisis, en los que, como siempre, se encuentran y contraponen lo nuevo con lo viejo, lo tradicional con lo moderno, la revolución con la reacción. Gramsci hablará de "encrucijadas históricas": cruces de caminos que obligan a optar y ampliar el horizonte. Benjamín creará en épocas como las que les tocaba vivir, en la conciencia se encuentran lo nuevo con lo viejo: "las experiencias depositadas en el inconsciente colectivo, engendran en su interpenetración con lo nuevo de las utopías que dejan su huella en mil configuraciones".

Comienza a circular esta palabra nuevamente: utopía, que aparecerá desde 1918 en el título de un libro de Ernst Bloch y rondará los textos de Martín Buber.

Mariátegui tenía una predisposición natural —tómese el término como una metáfora— para advertir la dimensión crítica del marxismo, que nacía de un rasgo de la cultura peruana de entonces: la gravitación de lo que él mismo llamará "factor religioso". Su obra intelectual partió de una intensa preocupación casi mística, que lo diferenció notablemente de otros autores de su época. Por eso no se consideró un discípulo de Gonzales Prada, como lo será Haya de la Torre. No compartió el anticlericalismo y menos cualquier posición que pudiera acercarse al ateísmo. Mariátegui interrogará al marxismo desde una tradición popular, particularmente fuerte, conformada por la religión y la religiosidad en el Perú. Por eso el texto más importante que escribe, antes de viajar a Europa, es el largo artículo sobre la procesión del Señor de los Milagros, donde cualquier lector puede ver cómo la preocupación por el hecho religioso conduce a que Mariátegui descubra a las multitudes, y de qué manera la religión comenzaba a ser importante para él, no tanto por las respuestas a problemas metafísicos, sino más bien por su capacidad de aglutinar multitudes y movilizarlas para un proyecto en común. Esos cargadores de andas y estas masas que se congregaban en Lima alrededor de una imagen, muy bien podrían congregarse en función de otros objetivos y de otras metas. Es desde esta permanente preocupación religiosa, que atraviesa todos los textos de Mariátegui que al final de su vida, que él hará una lectura particular del marxismo. Los dos —dice refiriéndose a Alcides Spelucín— en la procelosa aventura, hemos encontrado a Dios y hemos descubierto a la Humanidad". Curiosamente será contemporáneo de europeos que tienen preocupaciones similares, esos jóvenes entonces anónimos, ya mencionados, que comparten con Mariátegui el mismo ambiente de la post-guerra.

Según Michael Löwy y Susan Back-Morss, una de las manifestaciones de la Europa de la postguerra será el rechazo al racionalismo, identificado con posiciones conservadoras. Pero lo irracional no consistirá en la defensa de la intuición o de la imaginación, el entusiasmo por el arte, las asociaciones libres del psicoanálisis o la escritura automática de Breton; será también una especie de subterráneo renacer de la religiosidad: volvía a estar de moda la religión. El caso extremo fue Bloch quien "llega, pues, a conciliar, a fusionar más bien, en una combinación alquímica monstruosa y sibilina de Karl Marx con el Apocalipsis, al maestro Eckhart con la revolución de octubre, al socialismo científico con la iglesia cristiana" (Löwy, *Para una sociología de los intelectuales revolucionarios*). En la Sorbona, en 1927, sostenía Robert Eisler que Jesús había sido en realidad el "cabecilla de una revuelta política".

Mientras Luckacs (1885-1971) o Benjamín (1982-1940) pertenecen a la tercera generación de marxistas europeos, Mariátegui es el punto de partida de cualquier corriente marxista en el Perú. El problema que se le planteó fue cómo fundar el socialismo en este país. Hay que considerar aquí que salvo algunas excepciones —que importan únicamente para la historia intelectual—, en el Perú no existía una tradición socialista, como sí podemos encontrarla en Chile o en Argentina. El Perú no figura en la geografía de la II Internacional, salvo como una erudita llamada a pie de página. En cambio sí será un capítulo importante en la historia del marxismo que se inaugura con la III Internacional, y esto gracias a Mariátegui. Podría imaginarse una erudita historia del marxismo, en muchos volúmenes sin mencionar para nada al Perú hasta los años 1917-18, cuando encontramos unos entusiastas textos de Mariátegui en los cuales palabras como bolchevique, marxismo, socialismo y comunismo son casi sinónimos. El marxismo llega con las noticias sobre Lenin, Trotsky, la caída de los zares y la revolución de octubre. Se trataba de introducirlo en el Perú. Para explicar su propósito, Mariátegui recurre a la comparación con la caña de azúcar. Un cultivo traído de Europa pero que se ha integrado al territorio; era necesario hacer algo similar con el marxismo, es decir, habría que repensar la palabra, otorgarle un contenido propio. Un problema importante para todo esto consistía en determinar cuál sería el sujeto de esta revolución y del proyecto socialista. A esta altura, como resulta claro, para Mariátegui el verdadero problema del marxismo era cómo cambiar y transformar un orden social. El no empezó por describir una sociedad para después pensar en su abolición, sino que partió asumiendo un voto en contra de la República y el orden oligárquico; es decir, partió de una suerte de opción ética que López Soria indica como un rasgo clásico del "anticapitalismo romántico". Su marcha hacia el socialismo empezó por un rechazo a la sociedad en la que vivía, por un "anti"; pero este "anti" era insuficiente para fundar el socialismo en el Perú. Había que darle un contenido afirmativo a esta palabra.

José Carlos Mariátegui pensó que en el Perú era posible fundar un proyecto socialista considerando que la historia peruana había seguido un camino distinto de la evolución europea. Aquí el socialismo, producto del mundo moderno e industrial, de las ciudades y de la clase obrera, podía encontrarse con la trayectoria histórica del país. Por eso resultaba clave para Mariátegui demostrar que en la sociedad incaica se había dado un caso peculiar de aparición de Estado, sin propiedad privada y con la persistencia de rasgos colectivistas. El llamado comunismo primitivo, en la versión del *Manifiesto Comunista*, se reproducía a través de lo que él llamaba el comunismo agrario inca, pero este "comunismo agrario" no terminaba con la conquista, sino que persistía hasta la actualidad en las comunidades campesinas, donde se podía encontrar, en estado práctico, el equivalente al socialismo de nuestros días a través de la apropiación colectiva de pastos, de tierras y del trabajo de los campesinos.

II

He señalado anteriormente las vinculaciones de Mariátegui con algunas corrientes heterodoxas europeas de los años 20 y los años 30, a pesar de no existir un contacto físico con la mayoría de estos autores y textos. Cabe señalar otro parentesco similar, que no pasa necesariamente por las lecturas, y que empuja a Mariátegui en otra coordenada de la historia del marxismo: su entronque con los populistas rusos. La problemática de Mariátegui alrededor de las comunidades guarda similitud con la que plantearon Alexandern Herzen y después Vera Zazulich y el resto de populistas alrededor de la posibilidad de un socialismo campesino. En otras palabras, se trataba de repensar al socialismo desde un país agrario y atrasado. El socialismo podía construirse en una sociedad donde los obreros eran una minoría pero, para hacer eso, el socialismo tenía que tener bases campesinas, tenía que asentarse también en el campo. De esta manera sería la culminación de la verdadera tradición histó-

1 Según Guillermo Roullón, estando en Italia, Mariátegui se acercó hasta la redacción de *L'Ordine Nuovo*, acompañado de otros dos peruanos, Macchiavello y Falcón. Allí habrían conocido a Gramsci.

ca peruana, que la conquista buscó interrumpir. Aparece así la tesis de la “heterodoxia de la tradición”. En el Perú de entonces y ahora, existen varias maneras de extender la palabra tradición: la manera ridícula, huachafa, tonta de los hispanistas, que la confundían con la Lima colonial empedrada, con calesas y con vi Reyes empolvados; y con tradición, la verdadera y real porque se encarnaba en hombres, en seres concretos: la colectivista, campesina e indígena con la que hacía falta fusionar el socialismo.

En los tiempos de Mariátegui, en Europa, el anarco-socialista Gustav Landauer contraponía la ciudad capitalista con la comuna rural, al mundo moderno con las tradiciones campesinas. Pero, para Mariátegui no se trataba de una disyuntiva. El problema no era escoger entre lo moderno y lo tradicional. Si bien su proyecto fue una crítica a la modernidad emprendida desde un arrabal del Occidente como era (y sigue siendo) Lima, no pretendía refugiarse en el pasado o regresar atrás, ni menos elaborar una utopía retrospectiva. Por el contrario, quiso ensayar bajo la amalgama entre marxismo e indigenismo, un encuentro diferente entre la ciudad y el campo, es decir, entre Occidente y mundo andino.

Por eso es que el socialismo no podía ser “calco” o “copia”. Este país, el Perú, tenía una composición social muy distinta de los países europeos. Ujn rasgo del marxismo de Mariátegui, decíamos, fue el intento de repensar al sujeto de la revolución y de asignar un rol gravitante a los campesinos. Pero esto no quiere decir que fuera sólo un marxismo campesino y que excluyera a los obreros. Sobre todo en la polémica con Haya de la Torre, Mariátegui insistirá, más que antes, en la importancia de la clase obrera y hablará de un partido de clase, como fluye con claridad en sus cartas, pero partido de la clase obrera en realidad era algo así como partido de trabajadores y partido de los trabajadores era partido de obreros y campesinos. Por eso tenían un papel realmente vertebral esos mineros de los Andes que eran a la vez obreros y campesinos.

Otro rasgo nodal de este marxismo de Mariátegui nació de la conciencia de estar enclavado en un país muy diferente a los occidentales en la medida en que, como advierte casi toda su generación, las palabras tenían aquí otro contenido. Esto fue dicho de manera irónica por el escritor Abraham Valdelomar, al referirse al país donde a la “libélula” la llaman “chupa-jeringa”. Las cosas son diferentes de los nombres como se las denomina. Sucede así porque el tiempo no es el mismo que en Europa. El tiempo, a su vez, es diferente porque en el Perú se combinan varios tiempos. Era un país que como decían Haya, Porras, Basadre y desde luego Mariátegui, se superponían diversos estadios de la historia, desde la edad de piedra, el hombre primitivo y el comunismo elemental de la selva, para utilizar los términos de esa época, hasta el obrero industrial moderno de una fábrica textil, que podía asemejarse relativamente a las fábricas europeas del siglo XX: todo esto en un mismo territorio.

¿Cómo entender a un país así? Desde luego no podía entenderse por los procedimientos racionales y los caminos señalados por el positivismo. Entender un país así exigía otorgar preeminencia a la institución y a la imaginación. A su vez, quizá las construcciones imaginarias podían testimoniar mejor acerca de esa realidad. De esta manera, Mariátegui arriba a la necesidad de abordar la comprensión de la sociedad peruana desde el punto de la cultura y desde ese sector tan menospreciado en otras tradiciones marxistas que es la llamada “super-

estructura”, en particular, el mundo de la creación literaria y de la ficción. Reábranse los 7 *Ensayos* y véanse las escasas líneas sobre la economía y la cantidad de páginas dedicadas al sector religioso, el proceso de la literatura, el problema del indio (entendido éste más como un hecho de percepción y de cultura, aún cuando el autor insiste en que es un problema económico), de la educación... Mariátegui mismo imaginó la necesidad de hacer una novela para entender la realidad peruana. En todo caso, terminó utilizando, como medio de aproximación a la realidad peruana, un género ubicado a medio camino entre la ficción y el estudio erudito: el ensayo.

Pero la sociedad peruana, antes que una teoría, reclamaba un mito. El marxismo era o debía ser la religión de nuestro tiempo. Un mito colectivo que se confunde muy claramente en un texto de Mariátegui con la idea del milenio. Una meta por la que luchar sin que nada garantice su consecución. Por eso es que a Mariátegui no le sorprende que existan conflictos y problemas en la Unión Soviética y lee con interés el libro de Pannait Istrati —casi el primer disidente de la historia intelectual del comunismo—, un crítico muy agudo que publica en el año 1928 un libro sobre Rusia que Mariátegui comenta a lo largo de cuatro artículos. El socialismo no significaba la solución de todos los problemas ni la anulación de todos los conflictos. El socialismo era una meta que permitía cohesionar a la gente, otorgarse una identidad, construir una multitud y dar un derrotero por el que valía la pena vivir. Era una moral. Era ante todo una práctica.

Existe un trasfondo fuertemente espontaneista en el pensamiento de Mariátegui, para quien ningún derrotero estaba trazado desde antes sino que se hacía en el camino. Pero si uno lee la carta que le dirige un simpatizante del comunismo como Esteban Pavletich o las cartas que remite desde París Eudocio Ravines, futuro organizador del PC del Perú, puede constatar cómo estos dos personajes le dirán, a modo de reproche, que ellos esperaban un líder, alguien que los organizara, que diera sustento a su fe y habían creído que cuando Mariátegui regresó de Europa se propondría ser líder. El camino, la verdad y la vida, empleando términos evangélicos. No fue así. No trajo ninguna de las tres cosas sino que se dedicó a una tarea silenciosa de organización, porque en su proyecto el mito era una construcción imaginaria colectiva opuesta a cualquier liderazgo individual. Podría decirse que era un proyecto utópico, alternativo a la propuesta mesiánica, donde todo giraba alrededor de una líder individual que aglutina al partido e ilumina a la sociedad. En este sentido creo que la propuesta de Mariátegui era diametralmente diferente a la de Haya y eso explica, además, la ferocidad en la polémica por ambos lados. Haya colérico por ese “cojo”, lo llama literalmente así, que se cree un político y no admite su liderazgo, y Mariátegui, igualmente colérico ante este caudillo vulgar que imagina al marxismo como un mesianismo individual, cuando en realidad es una utopía colectiva. Ahora, algunos autores tratan de soslayar o atenuar estas discrepancias. Lo hacen con el propósito de gestar una aproximación entre la izquierda y el aprismo. Por eso imaginan una historia diferente. No es cierto. El pasado puede servir a la acción política, pero debemos tratarlo con algún respeto.

Mariátegui tenía una propuesta de construcción de una alternativa socialista que trascendía al mundo de los intelectuales, que quería fusionarse con las clases populares y que se definía a sí misma como una propuesta colectiva, capaz de unir y galvanizar las pasiones multitudinarias. De esta manera se ubicaba dentro de la historia del marxismo y, en general, dentro de la historia de las ideas contestatarias o revolucionarias, en una variante opuesta a la tradición jacobina, y a cual-

quier tradición jerárquica o autoritaria. “Para Haya era llegar al gobierno, el caudillismo lo representativo —recuerda el sindicalista Julio Portocarrero—. Para Mariátegui era el movimiento que fuera a crear todas las condiciones para una transformación del país”.

Esta propuesta socialista implicaba un cambio radical en la sociedad peruana. No advierto discrepancias sustanciales entre Mariátegui y la Internacional alrededor de la cuestión de la violencia. Lo que sí advierto es que para Mariátegui evidentemente no se trataba de hablar de la violencia y que tampoco este problema se confundía con atentados individuales —aún cuando elogió en un breve artículo a un anarquista parisino—, era más bien una dimensión soreliana de la violencia. En sus críticas a las posiciones jacobinas está, de manera explícita, la propuesta o la aspiración de construir un socialismo desde el interior mismo del movimiento popular. Evidente aproximación entre Mariátegui y Rosa Luxemburgo: Lo que Mariátegui rescata de Lenin y la tradición leninista es la fusión de estos revolucionarios con el pueblo y que hubieran protagonizado la revolución soviética. La imagen que, a su vez, tiene Mariátegui de la revolución es la de un acto de masas y no de un hecho tramado o generado por una minoría. Podríamos nosotros concluir que en Mariátegui hay un intento de repensar el socialismo adscrito a una tradición no autoritaria con rasgos espontaneistas, en lo que además encontramos otro parentesco adicional entre él y un sector de los populistas rusos.

III

¿Cómo entender a Mariátegui? ¿Por qué surgió un pensamiento con esas características en el Perú? Preguntas que remiten en realidad a otra de mayor alcance: ¿de qué manera una sociedad pudo generar, a la postre y en contra de cualquier previsión, un pensamiento alternativo y antagónico? Se trata de pensar a Mariátegui al interior de su época: una clave parece sugerida por él mismo —autor más autobiográfico de lo que estaba dispuesto a admitir— cuando define esa época de enfrentamiento de dos almas de la revolución y la decadencia, el fin de un orden y la aparición de uno nuevo. ¿Cómo surgió la idea de la esperanza en el Perú de 1920? Preguntas, como decimos, sobre la época, pero también sobre la biografía, porque así como en apariencia no era el momento ni el lugar más adecuado, Mariátegui no sería tampoco el personaje más idóneo para asumir una afirmación utópica: un niño enfermo, un cuerpo doliente (Robert Paris).

Entender esta paradoja obliga a establecer la contraposición entre la biografía y su época, convencidos además de que para entender a Mariátegui, más importante que ubicarlo en el interior de una constelación de autores, como hemos venido haciéndolo hasta aquí, es pensarlo en relación a una praxis. “Lo fundamental es la acción”. Pero, al margen de esta cita, sabemos que para él un pensamiento válido era el que se encarnaba en una vida. Esta conclusión nos remite, en lo que sería un periplo circular, a revisar los diversos análisis que, como el de Robert Paris, se han hecho sobre la existencia europea (Sylvers, Núñez, Meseguer). ¿No decía Mariátegui que él había ido a ver “Italia sin literatura”? ¿No dice que Paris que Italia de los años 1919-1922 era una encrucijada excepcional de la teoría y la lucha de clases? No podemos, entonces, limitar esos años fructíferos sólo a sus acuciosas lecturas; acompañados de Mariátegui, tenemos que habituar nuestros ojos a otros textos: las calles, los acontecimientos periodísticos y también momen-

tos tan decisivos como los consejos obreros o el resurgimiento del fascismo.

Finalmente, ¿por qué sólo Italia? No hay que olvidar —como nos lo recuerda Estuardo Núñez— los meses pasados en Alemania, el afán por aprender su idioma, el interés por Spengler, el entusiasmo por el movimiento psicoanalítico en Viena y también la obsesión de Mariátegui por informarse acerca de la República de los Consejos en Hungría. Italia era, por una serie de antecedentes históricos, la ruta más adecuada para introducir a un latinoamericano en lo que había sido ese antiguo imperio austro-húngaro.

La obra que terminó elaborando fue en todo momento una crítica a su sociedad. Partió de la negación para, por lo menos desde 1917, optar resueltamente por la revolución. Primero son las grandes opciones morales, después vienen las ideologías. Fue así que se aproximó a Sorel. “El sorelismo como retorno al sentido original de la lucha de clases, como protesta contra el aburguesamiento parlamentario y pacifista del socialismo...”. Evidentemente un autor así no puede ser colocado como antepasado de una izquierda obsesionada por el reconocimiento oficial, buscando a toda costa ser reconocida por el país oficial y cubrirse púdicamente de cuanto ropaje implique respetabilidad. Mariátegui se ubicaba en una tradición muy distinta, nacida de la “desesperada lucha del proletariado en las barricadas, en las huelgas, en los comicios, en las trincheras. La acción heroica operada con desigual fortuna de Lenin y su aguerrida facción en Rusia, de Liebknecht, Rosa Luxemburgo y Eugenio Leviné en Alemania, de Bela Kun en Hungría, de las obreras de la Fiat en Italia hasta la ocupación de las fábricas y escisión de las masas socialistas en Livorno”, desde esta

perspectiva, la revolución era la construcción de “un nuevo orden” desde abajo, por acción de las masas, creativamente. Esto no significaba defender cualquier tipo de violencia. Queda justificada la insurrección revolucionaria soviética. Lo mismo pensaba Mariátegui de Villa o Zapata. Pero no así ese pretendido ejército que Haya, en 1928, imaginaba marchando desde Abancay a Lima. La regla sería: nada fuera del movimiento de masas.²

Habría que preguntarse, antes de terminar, ¿qué bases sociales tenía ese proyecto mariateguista que el año 1928 termina radicalmente enfrentado con el proyecto mesiánico y jerárquico de Haya de la Torre? Las bases sociales del proyecto aprista son muy evidentes en la historia peruana, se las puede comprobar no sólo citando discursos políticos sino además rastreando el mundo de las ideas colectivas y llegando hasta las mentalidades; antes que en los razonamientos, en la forma como habitualmente se vive la historia. Gonzalo Portocarrero decía que en Perú de los inicios de la República, los liberales ganaron la batalla ideológica pero los conservadores ganaron la batalla en el mundo de lo cotidiano. Efectivamente, en ese mundo cotidiano uno podría encontrar elementos que avalarían la tradición aprista y, en particular, al caudillismo que recorre toda la vida política del siglo XIX. Haya, desde esta perspectiva, aparece como la culminación de una serie de biografías de caudillos; la culminación y además la superación. Un caudillo de esas dimensiones y que gravite a lo largo de toda una centuria es difícil

² Con estos términos recuerda el sindicalista Julio Portocarrero la reunión en la que se fundó el partido: «Primero conversamos y luego se hizo una exposición sobre la necesidad de formar el Partido Socialista. La exposición la hizo José Carlos; dijo cómo debía ser el partido. Que no debía ser un partido entregado al electoralismo, de candidaturas, de representaciones en el Parlamento; eso no, sino que debía ser un partido que sin dejar este aspecto tuviese una línea marxista, una línea revolucionaria» (*Sindicalismo Peruano. Primera Etapa, 1911-1930*, Lima, Labor, 1987, p. 168).

de encontrarlo en el siglo pasado. Piérola queda como un “enano”, que además lo era. No tendríamos, en cambio, el mismo éxito para descubrir las raíces o los antecedentes de las propuestas políticas de Mariátegui, aunque él estaba convencido de que las comunidades indígenas constituían un reservorio de tradiciones democráticas porque eran esencialmente igualitarias. Allí esperaba encontrar un respaldo a su proyecto. Sabemos, ahora, que los conocimientos de Mariátegui sobre el mundo indígena y campesino eran muy escasos, que él se había construido la imagen de una comunidad igualitaria y sin conflictos como no había existido nunca y menos en esos momentos. En los años 1920 esas comunidades estaban fuertemente erosionadas por las relaciones de mercado, habían iniciado procesos de privatización de tierras y todo esto generaba conflictos fuertes en el interior del mundo campesino. Entonces, dejó el interrogante planteado.

Un proyecto revolucionario, para ser eficaz, debe insertarse en una tradición histórica. Mariátegui lo sabía bien. Pero para ser precisamente revolucionario debe, en más de una ocasión, forzar a esa misma historia, desplegar sus velas contra el viento y navegar en dirección contraria a la corriente. Saber amalgamar voluntad y determinismo es lo que, en última instancia, permite superar los escollos del reformismo y del aventurerismo; las seducciones de la derecha y la izquierda extrema. Estamos en las fronteras del pensamiento de Mariátegui. Recuérdese que murió en 1930, muy joven, y dejando una obra inconclusa.

CONVOCATORIA AL SIMPOSIO INTERNACIONAL

El 8 y 9 del mes de noviembre del 2008 se realizará, en la ciudad de Lima, el Simposio Internacional conmemorativo del Octogésimo Aniversario de la publicación de la excepcional obra de José Carlos Mariátegui, 7 ensayos de interpretación de la reali-

dad peruana. Durante las ocho décadas que han transcurrido desde que su genial autor lanzó la primera edición, la obra mantiene notable actualidad en su perspectiva de futuro y constituye el más lúcido y esclarecedor análisis que se ha efectuado sobre la realidad social del Perú, que ha servido de base en la explicación de los problemas que afectan a los pueblos de América Latina, especialmen-

te de la región Andina, convirtiéndose en una obra clásica de nuestra cultura política.

Pese al tiempo cumplido desde su aparición, no existe ningún trabajo que supere a esta obra, que por mantener vigente la estructura de sus análisis, el escritor cubano José Antonio Portuondo lanzó la siguiente admonición: “pero ahí resisten, en pie, esperando impugnador, los fundamentos de esos Siete Ensayos”.

Para conmemorar este acontecimiento cultural el Consejo Consultivo ha organizado un Simposio Internacional dedicado al análisis y la exégesis de esta trascendente obra, cuyo temario comprenderá a cada uno de sus siete ensayos, contrastando su espíritu con la realidad actual.

El Consejo Consultivo

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI Y EL TEMA DE LA EDUCACIÓN EN EL PERÚ

por Luiz Bernardo Pericás

Por varios años, el periodista peruano José Carlos Mariátegui se involucró en intensos debates políticos, como las famosas polémicas con el APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) y el Comintern. Asimismo, se preocupó por seguir desarrollando y profundizando su incansable trabajo teórico e intelectual, escribiendo artículos sobre temas diversos como el fascismo, el indigenismo, la literatura y el problema agrario, que fueron publicados frecuentemente por la prensa de su país. El autor de los Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana siempre demostró un interés especial por la educación de los trabajadores, no solo por el aspecto de construir una democracia efectiva en la nación andina, sino también como una forma de posibilitar la acción consciente de las masas populares en la lucha por el socialismo.

Aunque se atribuía ser “antiacadémico”, el Amauta se preocupaba constantemente por el problema de la enseñanza pública. No obstante, la formación de Mariátegui era extremadamente deficiente y frágil.

Nacido el 14 de Junio de 1894 en Moquegua, capital de la provincia del mismo nombre, pequeña ciudad al sur de Lima, José Carlos debió enfrentar grandes dificultades desde la niñez. Hijo de Francisco Javier Mariátegui y Requejo, criollo de la aristocrática elite limeña, funcionario del Tribunal Mayor de Cuentas, y de Amalia La Chira Ballejos, mestiza católica de humilde origen que trabajaba como costurera para mantener el hogar, el niño José Carlos – que desde temprano sufrió de inanición y formación física defectuosa, con cansancio, fiebres y dolores constantes – tuvo poco acceso a una educación formal, siendo básicamente un autodidacta durante toda su vida. A los ocho años de edad, cuando jugaba con José Marcenado Bisso (un niño dos años mayor que él, hijo de un importante comerciante italiano), recibió un fuerte golpe en la rodilla izquierda que le provocó un gran hematoma y dolores agudos en la pierna. Su tratamiento en la clínica de las religiosas de la Maison de Santé duró cuatro meses y en los dos años siguientes (algunos autores extienden este periodo a cuatro años) convaleció en casa al cuidado de su madre. Quedaría cojo durante la mayor parte de su existencia. Ya adulto, le amputarían una de sus piernas. Es decir, casi no asistió a la escuela, logrando terminar apenas el primer año de educación básica. En otras palabras, no tuvo ninguna formación escolar, aunque haya quien diga, sin documentos que lo sustenten, que habría terminado el equivalente al primer grado.

Es bueno recordar que el 5 de Diciembre de 1905 el Congreso aprobó una nueva ley ampliando el ciclo de educación “primaria” de tres a cinco años, dos años de este periodo de estudios se llevarían a cabo en “escuelas elementales” del Estado y el resto en “centros escolares” donde los alumnos también podían aprender algunos oficios. A partir de una resolución de gobierno, se adoptaría un nuevo método de enseñanza fundamental enfatizando la intuición y los métodos de intelectuales como Comenio, Francke y Froebel. La educación secundaria, que antes abarcaba seis años, fue modificada y reducida a cuatro años. El estilo “enciclopédico” inspirado en el modelo francés sería alterado radicalmente entonces por el sistema norteamericano de high school desde ese momento.

Después de su accidente, en 1902, cuando

cursaba la mitad del segundo año de primaria, José Carlos no volvió al ambiente escolar. Así, el joven Mariátegui, debido a la enfermedad y las dificultades financieras, dejó pronto la escuela para curarse y luego para trabajar y ayudar al mantenimiento de la familia. Estudió las primeras letras en la escuela de su barrio, en la ciudad de Huacho, y luego en la capital, al estar internado en la clínica administrada por las madres de la orden de San José de Cluny. El hecho era que Huacho era una ciudad bastante avanzada en términos escolares, y este ambiente “cultural” pudo haber afectado la infancia de José Carlos. En el censo de 1907 (es decir, solo cinco años después), se señala que de los 1,586 niños de seis a catorce años que vivían entonces en el lugar, 1,090 de ellos (es decir 69%) asistían a la escuela; otros 314 (es decir 20%) no y 182 (o el equivalente a 11.1%) no asistían, pero sabían leer y escribir. La mayoría de estas escuelas era administrada y dirigida por el Consejo Municipal Provincial, responsable de implementar los programas preparados por el Estado. Existían colegios particulares y públicos, los profesores se dividían en principales y auxiliares, algunos formados en Lima y otros en la localidad. Quizás por la soledad y aislamiento, Mariátegui le tomó el gusto a los libros. En la época de su prolongado tratamiento, inmóvil en su cuarto, ya en su casa, devorará las obras encuadradas en cuero con títulos en letras doradas, parte de la biblioteca dejada por su padre que antes había pertenecido al bisabuelo paterno de José Carlos, el liberal masón Francisco Javier Mariátegui y Tellería, antiguo secretario del Primer Congreso Constituyente del Perú, tribuno y periodista conocido. Como la familia materna, extremadamente religiosa y mística, la rama de los Mariátegui de Lima también seguía al pie de la letra los preceptos del cristianismo, a pesar de las actitudes polémicas del bisabuelo que repudiaba públicamente diversos rituales católicos y defendía la separación total del Estado y la Iglesia. Pero José Carlos, influenciado por su madre, relacionará por bastante tiempo la idea de “antireligiosidad” a todo el lado paterno de la familia. En cierta forma, más tarde admirará de lejos, con una aproximación restringida y reticente, en encuentros esporádicos, a sus parientes aristocráticos y elegantes de la capital y en cierta forma tratará de imitar sus poses y costumbres. En la práctica, la infancia y adolescencia del Amauta representaron años de ambigüedades e investigaciones estéticas, religiosas, familiares y luego profesionales.

El joven Mariátegui leerá libros en forma errática y no sistemática. Entre los autores favoritos de entonces están. Charles Baudelaire, Rufino Blanco Bombona, Luis Benjamín Cisneros, Anatole France, Enrique Gómez Carrillo, Rubén Darío y el escritor mexicano Amado Nervo. Estudia Francés y profundiza en textos bíblicos, los clásicos de la literatura como la Divina Comedia de Dante Alighieri, por ejemplo, y las biografías de grandes personalidades políticas como Garibaldi y Mazzini, contadas por un bodeguero italiano que vivía cerca de su casa. En esta fase ya se percibía un interés nítido por figuras “heroicas” que luchaban contra las injusticias del mundo, a su modo de ver, como el bandolero romántico Luis Pardo y luego, el socialista español Pablo Iglesias.

Aun niño, acompañaba a su madre a sus visitas a casas particulares donde prestaba servicios de costura. Mientras ella trabajaba, el niño José Carlos leía las revistas y libros que le prestaban los patrones. Ni siquiera lograba participar en los juegos y entretenimientos más simples con otros niños. Su estado físico, posible resultado de una tuberculosis articular u osteomielitis crónica (aunque hay controversias al respecto) contribuyó ciertamente a que se dedicase cada vez más a los libros en general, desde los folletines hasta los clásicos.

No llegó a conocer a su padre, uno de sus trau-

mas de juventud. En su búsqueda constante e inútil del progenitor que había abandonado a su familia, se acercará más al lado materno, reforzará su religiosidad y escribirá poemas llenos de misticismo.

En su adolescencia, empezó a trabajar en el diario La Prensa como mensajero, asistente gráfico y linotipista en una fatigante jornada de 14 horas diarias; mientras que en las horas de descanso, a pesar del agotamiento físico, se encuentra con amigos y discute las ideas de Bakunin, Proudhon, Ferrer y Kropotkin. Participa también en reuniones de clubes anarquistas y conoce personalmente a Manuel González Prada, uno de sus “maestros” de aquella época. Mariátegui, que ya había leído Horas de Lucha y Presbiterianas, admiraba al viejo intelectual, principalmente por su actividad literaria, a pesar de sentir cierta incomodidad y tener serias reticencias a su perfil y sus actitudes anticlericales y antirreligiosas que lo habían hecho famoso. Solo que no se considerará por completo un discípulo de González Prada debido a su arraigada fe religiosa, pero algunas ideas del veterano “anarquista” uno de los pioneros del moderno “indigenismo” peruano, ciertamente influirán en el futuro periodista. Mariátegui asistirá asiduamente a la biblioteca particular de González Prada con quien pasaba horas conversando sobre sus escritores favoritos. Muy amigo de Alfredo, hijo de Don Manuel, con quien siempre se encontraba, amplió sus conocimientos de francés y literatura, intercambió información sobre poesía y política, conociendo a algunos colegas jóvenes que luego se convertirían en personalidades importantes del mundo de las letras de su país.

Empezó a publicar artículos periodísticos desde 1911, usando el seudónimo de Juan Croniqueur. En este periodo, llamado por el mismo Mariátegui “la edad de piedra” colaboró con diversas revistas y periódicos como El Tiempo – publicación acusada por algunos de “bolchevique”, Mundo Limeño, El Turf y Lulú. También ayudó a fundar, con Abraham Valdelomar, Percy Gibson y José María Egúren, entre otros, la revista modernista Colónida – donde publicó poemas, escribió piezas de teatro y cuentos y será considerado básicamente un cronista de lo cotidiano, con textos ligeros que van de la crónica policial a la columna social de las revistas femeninas. Algunos de sus amigos de Colónida eran, como el mismo Amauta, antiacadémicos, antioligárquicos, iconoclastas, polémicos, autodidactas, rebeldes e incluso, en algunos casos, un poco snobs. Para ellos, las universidades estaban hechas para grupos privilegiados, dominadas por elites económicas e “intelectuales” que las usaban para perpetuar su aristocratismo. En otras palabras, en la práctica la universidad estaba desconectada de la realidad nacional, aislada de las masas populares. De esta manera, no había un compromiso real con el país en su conjunto. Por lo tanto, sería fundamental involucrar a las instituciones educativas en la vida nacional. En aquel periodo, José Carlos también fue uno de los creadores de Nuestra Época y luego de La Razón.

En realidad, principalmente desde 1918, se puede percibir una tendencia gradual del joven periodista hacia el socialismo, aun tanteaba su camino lentamente, aproximándose a las ideas marxistas, aunque careciese de los instrumentos teóricos y de la formación política necesarias para elaborar la realidad con mayor sofisticación. Publicará artículos sobre temas políticos y sociales, como aquellos contra el militarismo o criticando al Partido Civilista y al gobierno de Pardo, será elegido vicepresidente del “Círculo de Periodistas”, participará en la formación de un Comité de Propaganda Socialista

¹ Con estudios de Historia en la Universidad George Washington, Doctor en Historia Económica por la USP, Post Grado en Ciencias Políticas en FLACSO/ México. Profesor visitante de FLACSO/ México y de la Universidad de Texas en Austin.

y apoyará al movimiento obrero en huelga en la capital.²

En la época de Mariátegui, el Perú era un país que se "modernizaba" rápidamente. Después de la derrota de la guerra con Chile (1879-1883), se puede percibir una rápida reestructuración de la composición económica nacional. En 1886, el empresario Michael Grace propone la cancelación de la deuda del país andino a cambio de la concesión de la red ferroviaria a los extranjeros poseedores de títulos peruanos por un plazo de 75 años, estando obligados estos a ampliar y modernizar las vías ferroviarias en todo el territorio. El Congreso aprobó el contrato en 1889, cediendo dichas vías a los intereses externos por 66 años, liberando la navegación del lago Titicaca y suministrando tres millones de toneladas de guano a la Peruvian Corporation of London. La deuda externa sería cancelada. De esta manera, el gobierno del general Andrés A. Cáceres, comandante general de la quinta división del ejército del centro, fue responsable del inicio de la dinamización capitalista del país.

Sin embargo, enseguida disputas políticas encendidas y una buena dosis de oportunismo vuelven a llevar al poder a Nicolás de Piérola, quien ya había sido presidente entre 1879 y 1881. Al volver del exilio, en 1895, el político aristocrático de tendencia ultracatólica, antiliberal y caudillista, líder y fundador del Partido Demócrata, apoyado por sectores influyentes del latifundio sureño, la alta cúpula de la Iglesia y la clase media, lanza un ataque contra el "legendario" Cáceres, jefe de Partido Constitucional y "héroe" de la Batalla de Tarapacá, con el apoyo de soldados irregulares, y obliga a renunciar al mandatario. Cáceres, "el brujo de los Andes" como era conocido, fue promovido a mariscal y escogido como futuro patrono de la infantería peruana años después. Efectivamente, él fue el gran líder y organizador de la resistencia de su nación durante la guerra.

En aquella época, el Perú presenciaba una crisis monetaria sin precedentes. Desde el inicio de la década de 1890, especialmente debido al abandono del patrón plata y la adopción del patrón oro en el mercado mundial, se observó una sucesión de crisis económicas. Ya en el periodo electoral, algunos meses después que Piérola asumiese el poder, hubo una alianza entre el nuevo Jefe del Ejecutivo y el Partido Civilista, su enemigo tradicional. Se intentaría un gobierno de consenso que produciría reformas que, por consiguiente, desembocarían en la recuperación gradual de la economía nacional. El caudillo carismático, fundador de la llamada "República Aristocrática" impuso una serie de medidas en tal sentido: reducción drástica de efectivos militares, desmovilización del ejército y contratación de una misión francesa para reestructurar las fuerzas armadas (algunos años después, instituyó el servicio militar obligatorio y aumentó sustancialmente el número de soldados); reforma de los mecanismos económicos del Estado perfeccionando el sistema tributario, aboliendo impuestos aduaneros sobre algunos produc-

tos de exportación y aumentando impuestos para productos importados, abolición de impuestos abusivos a los indios, adopción del patrón oro en el país; creación del Ministerio del Desarrollo y revisión de varias leyes anticuadas que frenaban la expansión capitalista del Perú.

También fue un periodo de inicio de la transición del dominio de las inversiones inglesas por Norteamérica. Desde el inicio del siglo XX, las empresas de Estados Unidos, entre ellas Cerro de Pasco Corporation e International Petroleum Company, empiezan a monopolizar la producción de algunos sectores exportadores de importancia, como la industria minera y petrolera, por ejemplo. La promulgación del nuevo Código de Minas en 1901, la creación de un equipo de ingenieros en 1902 y la inauguración de la línea férrea entre La Oroya y Cerro de Pasco, contribuyeron claramente a impulsar el sector minero. A partir de entonces, se empezó a explotar bismuto en la mina San Gregorio, azufre en Secura, níquel en Ayacucho, así como antimonio, tungsteno y molibdeno en otros lugares. Con relación al petróleo, de los 200 pozos en el territorio peruano en 1906, el número creció a 747 en 1914, aumentando sustancialmente la producción del país. Ya en 1906 había 89 metalurgias, 23 fundiciones, dos refineries de petróleo y una de azufre. El aumento de la producción global de minerales fue significativo. De 1903 a 1917, el volumen de cobre producido fue de 9,497 a 45,176 toneladas, de 36,920 a 353,595 toneladas de carbón y de 303,000 a cerca de 2'578,000 barriles de petróleo aproximadamente. En general, la producción estaba en manos de empresas extranjeras. El azúcar y el algodón también fueron productos que interesaron a las empresas del Viejo Mundo o del "Coloso del Norte". No obstante, buena parte de las haciendas "modernizadas" estaba en manos de la elite agraria peruana o de hijos de inmigrantes que recibían financiamiento de casas comerciales extranjeras.

En la práctica, al capitalismo monopolista no le interesaba de hecho el aumento de la industria endógena ni el mercado interno del Perú. Su objetivo era esencialmente el mercado externo, invirtiendo en los productos más rentables a nivel internacional. Estos "enclaves" articulados entre sí por vías férreas y usando técnicas modernas, trataron de no entrar en conflicto con las formas de organización tradicional de las comunidades indígenas o de algunos latifundistas atrasados. Es decir, usaron las antiguas relaciones pre capitalistas en el campo para aprovechar al máximo el trabajo de los campesinos indígenas, aumentando la tasa de rentabilidad del patrón y facilitando la acumulación de capital para reinvertirlo en ciertas ramas de la economía que se presentaban más lucrativas para los inversionistas. En otras palabras, atrajo económico de gran parte de la población controlada por el capital imperialista que implanta técnicas avanzadas mientras que al mismo tiempo conserva relaciones sociales "injustas" para perpetuar su dominio y aumentar su ganancia.

El crecimiento del latifundio traerá como consecuencia el aumento de la masa asalariada en el campo y de una burguesía rural, monopolizando las propiedades y recursos de la población campesina. En este sentido, se profundizará el sistema de enganche donde los contratistas, por lo general, terratenientes de la región o sus ayudantes, reclutan mano de obra indígena campesina mediante pago por adelantado. En consecuencia, los empleados están obligados a mantener un vínculo con el patrón debido a una deuda inicial, es decir, un claro caso de servidumbre.

Es claro que buena parte del trabajo en el campo y las minas era temporal. Así, en la época entre cosechas, una cantidad significativa de peones y agricultores se trasladaba a los centros mineros donde podía recibir un salario en los periodos en que no participaba en la cosecha. Este movimiento del campo hacia las zonas mineras - donde los trabajadores vivían en tiendas de campaña y tam-

bién eran superexplotados - hasta que se relacionaban con el movimiento obrero urbano, ayudó ciertamente a aumentar la conciencia de clase del campesinado indígena. Sin embargo, la reorganización de las haciendas, a cargo de grandes empresas como la Cerro de Pasco Mining Company, Ganadera de Cerro de Pasco, Casa Grande, Pomalca y Fernandini, desarticuló buena parte de la fuerza de trabajo tradicional de algunas regiones. Al "modernizar" las haciendas, se romperán los contratos y los campesinos serán expulsados de sus tierras, viéndose obligados a convertirse en proletarios en los centros urbanos. A su vez, los núcleos de la burguesía peruana, muy lejos de construir una casta nacionalista y empresaria que pudiese impulsar un modelo verdadero de desarrollo "autónomo" en la práctica dependían o eran socios de la burguesía industrial de los países de capitalismo avanzado. Por lo tanto, el estado oligárquico que se consolida en este periodo, de carácter semicolonial y defensor de las clases privilegiadas, mantendrá las características gamonales de las elites aristocráticas rurales y seguirá dependiendo de los intereses extranjeros.

La población peruana crecía rápidamente. De 2.7 millones de habitantes en 1876, el número de ciudadanos aumentó a 3.5 millones en 1908 llegando a 4.8 millones en 1920, mientras la capital, Lima, sería responsable de un crecimiento poblacional aun mas agudo. Entre 1908 y 1920, la población, compuesta por criollos, migrantes del interior, campesinos, inmigrantes extranjeros - entre ellos, muchos chinos e italianos - funcionarios públicos y obreros, crecería de 141,000 a 224,000 habitantes, convirtiendo a esta metrópoli en el principal centro financiero y administrativo del país. La primera "barriada" limeña empieza a surgir en los alrededores en 1903 aunque, en términos generales, la infraestructura de la ciudad mejoró al aumentar la limpieza y los servicios de salud. Por ejemplo, el sistema de iluminación urbano se instaló en 1902 y en 1905, todos los vehículos de tracción animal fueron cambiados por tranvías eléctricos. Los primeros autos a gasolina empiezan a transitar por calles y avenidas en este periodo.

La clase obrera se consolidaba. Al aumentar las inversiones del sector industrial, principalmente en Lima y Callao y aparecer nuevas fábricas, como industrias textiles y de alimentación, el número de trabajadores aumentó sustancialmente. De 24,000 obreros en 1908, la cifra llegará a 44,000 en 1920, solo en la capital. Para tener una idea, solo en la Fabrica Nacional de Tejidos Santa Catalina, la más importante del país, trabajaban 700 obreros. Con la mejor organización de los trabajadores surgirán federaciones obreras, sociedades de ayuda mutua, gremios anarquistas y anarco-sindicalistas, así como diarios proletarios. Entre 1910 y 1919 se suceden agitaciones, manifestaciones y huelgas haciéndose mayores y mas disciplinadas, mientras se producían levantamientos y rebeliones campesinas en el campo como la famosa revuelta liderada por Teodomiro Gutierrez Cuevas, también conocido como Rumi Maqui o "Mano de Piedra" quien en 1915 organizó un "ejército de indígenas, atacó a los terratenientes y llevó a cabo diversas ocupaciones de tierras. Fue detenido por las autoridades y exiliado a Bolivia de donde también fue expulsado, llegando a la Argentina donde se unió a grupos de militantes anarquistas. Fue un precursor del movimiento indigenista.

Ni los primeros gobiernos de José Pardo (1904-1908) ni de Augusto B. Leguía (1908-1912) lograron resolver estos problemas. El mandato de Guillermo E. Billinghurst, político paternalista, involucrado con la producción

2 Para mayor información sobre el joven Mariátegui, ver Narciso Bassols Batalla, *Marx y Mariátegui*, México, Ediciones El Caballito, 1985; Maria Wiesse, *José Carlos Mariátegui, etapas de su vida*, Lima, Biblioteca Amauta, 1987; Guillermo Rouillon, *La Creación Heroica de José Carlos Mariátegui*, Lima, Editorial Arica, 1975; Eugenio Chang-Rodríguez, *Poética e Ideología en José Carlos Mariátegui*, Trujillo, Editorial Normas Legales, 1986; José Carlos Mariátegui, *Escritos juveniles*, Lima, Biblioteca Amauta, 1987; y Alberto Tauro, "Estudio Preliminar" en *Ibid*; y Humberto Rodríguez Pastor, "José Carlos Mariátegui La Chira: familia e infancia en Huacho." en Gonzalo Portocarrero, Eduardo Cáceres y Rafael Tapia (orgs.), *La aventura de Mariátegui: nuevas perspectivas*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú/Fondo Editorial/Desco/IEP, 1995, paginas 17 a 63.

de nitrato y que había sido prefecto de Lima, con el apoyo masivo del proletariado limeño – defendía medidas populistas que agradaban a las poblaciones menos favorecidas. Su plataforma era mejorar las condiciones de vivienda y educación de los obreros, legalizar el derecho de organización, abaratar el precio de los alimentos y flexibilizar las huelgas. Ciertamente ello no agradó a los sectores más conservadores de la oligarquía peruana – que vieron en su figura una aproximación peligrosa a sus trabajadores – y también incomodó a los militares, no solo por sus negociaciones con los chilenos sobre la posesión de Tacna y Arica sino por sus intentos por reducir drásticamente el presupuesto de las Fuerzas Armadas. Aun con el apoyo popular y del “Club Juventud Billinghurstista” fundado pocos años antes por su secretario particular, el poeta Abraham Valdelomar, en la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos, el gobernante fue depuesto por un golpe encabezado por el general Oscar Benavides en 1914 quien ocupó el poder provisionalmente, abriendo el camino para el regreso de José Pardo a la presidencia. En el nuevo mandato de Pardo (1915-1919) el costo de vida prácticamente se duplicó en Lima, los salarios se estancaron, hubo escasez de ciertos productos alimenticios y diversas huelgas se produjeron en la capital y el interior, con la consiguiente radicalización de los órganos represores. La gran huelga general de 1919, cuando los trabajadores de la principal ciudad peruana exigieron la jornada laboral de ocho horas y el abaratamiento del precio de los alimentos, fue la punta de la tensión entre gobierno y proletariado y representó el desgaste definitivo del modelo que defendían los civilistas.³

En el sector estudiantil también empezó una gran agitación juvenil, principalmente en la Universidad de San Marcos, el principal centro de enseñanza superior del país. Al iniciar el siglo XX, se cambia el modelo francés de enseñanza fundamental y secundaria por el sistema norteamericano, pero la instrucción superior sigue siendo regida por el estilo europeo. En aquellos años hubo un gran debate sobre reestructuración académica. Mientras unos defendían una enseñanza más científica y positivista, aumentando los lazos entre educación y economía, para preparar personas eficientes y técnicos que pudiesen aumentar las riquezas materiales, otros insistían en mantener en el medio académico una instrucción basada en valores “humanistas” y “filosóficos” que prevalecían hasta entonces. En 1917, los diputados peruanos, en intensos debates en el Congreso, perciben la crisis de la enseñanza superior y la necesidad aparente de una transformación profunda de todo el sistema. Después de un acalorado debate que abarcó a políticos e intelectuales, se crea una comisión parlamentaria para analizar la situación y elaborar un nuevo plan educativo que trataría de resolver cuestiones administrativas, con la intención de corregir las deficiencias de la preparación docente, crear mecanismos de separación de la educación de influencias de partidos políticos, reformar los métodos de enseñanza, cons-

tituir escuelas agrícolas y domésticas para atender las necesidades de la población indígena en el campo y finalmente implantar el sistema norteamericano en las universidades. Es decir, un cambio de rumbo en cuanto a la formación de literatos o abogados principalmente, para crear una casta de “técnicos” que luego debían gestionar el Estado o ayudar a crear las riquezas del país.

En la misma época, el movimiento estudiantil de tendencia más izquierdista y radical empieza a agitarse, inspirado en gran medida por la Reforma Universitaria argentina. El principal centro de protesta era la Universidad de San Marcos. En 1917, el joven Haya de la Torre es elegido secretario y luego director del Centro Universitario de Trujillo. Enviado a participar como delegado de la FEP (Federación de Estudiantes del Perú), fundada en Lima el año anterior, ayudará a acercar al estudiantado al movimiento obrero al ser escogido como miembro universitario del Comité de Huelga de los trabajadores de la capital. Mientras tanto, Haya ya tenía vínculos con los líderes de la Reforma Universitaria argentina. El 11 de Abril de 1918 se funda la Federación Universitaria Argentina, con delegados de las cinco instituciones más importantes de enseñanza superior de la nación rioplatense. La “Federación” decide convocar al Primer Congreso Nacional de estudiantes universitarios entre el 20 y el 31 de Julio de 1918 en Córdoba, donde se divulgó su famoso manifiesto incitando a los “hombres libres” del continente a una renovación profunda del medio académico. La crisis de la post guerra en Europa, la revolución rusa, la desilusión y falta de perspectivas de diversos sectores sociales de diferentes países latinoamericanos, la necesidad de afirmar una identidad nacional, las transformaciones económicas locales, el aumento de la industrialización y de la clase obrera y el deseo de incorporar nuevos elementos a la vida nacional fueron algunos motivos que causaron las reformas iniciadas en Córdoba y que influenciarían en el estudiantado del resto de la región. Para lograr esta supuesta “redención espiritual” en las universidades, los estudiantes argentinos propugnaron elevar el nivel cultural de la población, cambiando los métodos de enseñanza e incentivando la educación popular. El Congreso Nacional de Córdoba decidió que la reforma debería incluir la participación estudiantil en el gobierno universitario, es decir, constituir un Consejo de Facultades donde participasen todos los profesores titulares y suplentes, un representante de los estudiantes y un representante de los graduados. De esta manera se garantizaría la vinculación de los ya formados en la dirección. También favorecía la libertad de asistencia a las aulas, la libre docencia, la periodicidad de la cátedra, la difusión de los actos universitarios, la extensión universitaria con la constitución de Universidades Populares, la ayuda social a los estudiantes, un sistema que considerase las particularidades locales y regionales y una orientación social para que las universidades pudiesen trabajar en la solución de los problemas nacionales.

La influencia del movimiento argentino llegó rápidamente al Perú. Las protestas empezaron en Mayo de 1919 en las Facultades de Filosofía, Historia y Letras de la Universidad de San Marcos, después que las demandas estudiantiles fueron rechazadas por el decano Alejandro C. Deustua, y se esparcieron a otras facultades para adherirse a la huelga obrera. El aumento de la tensión hizo que el presidente Pardo, ex rector de San Marcos, decidiera cerrar la universidad en Julio del mismo año.

Con Leguía en el poder, hay un intento por instrumentalizar el movimiento y usarlo con fines políticos. Es bueno recordar que los estudiantes limeños en 1918, lograron nombrar a Leguía “Maestro de la Juventud” y demostraban claramente su oposición al modelo impuesto por el Partido Civilista. Después del golpe preventivo, el nuevo mandatario aprovechará el ambiente agitado de las universidades para apoyar las reivindicaciones estudiantiles, consiguiendo simultáneamente librarse de los antiguos profesores civilistas del medio académico. En seguida, la Asamblea Nacional apro-

bará en Setiembre y Octubre de 1919, las leyes de la Reforma Universitaria, inspiradas en gran medida en el modelo argentino. Estas leyes defendían la cátedra libre, la abolición de listas de asistencia y por consiguiente, la asistencia era libre, la eliminación de cargos vitalicios, la creación de becas de estudio para alumnos pobres, la participación estudiantil en el gobierno de la Universidad, el concurso obligatorio para ocupar cargos y la expulsión de 24 profesores señalados por los universitarios. En Octubre de ese año, Haya fue elegido presidente de la Federación de Estudiantes.

En realidad, el movimiento por la reforma universitaria representa la denuncia del viejo sistema educativo, la aparición de nuevos actores sociales en el marco político nacional y el intento por romper con el pasado aristocrático, elitista y clasista de la Academia, abriendo la posibilidad, aunque restringida, de cambios políticos más profundos.⁴ Mariátegui sigue los hechos sin involucrarse directamente en el asunto. No obstante, su diario, o La Razón, de tendencia obrera y popular, defenderá la lucha obrera y universitaria. Los dirigentes estudiantiles reconocerán la campaña del periódico y enviarán una carta firmada por Manuel Seoane y Ricardo Vegas García, secretario del Comité Ejecutivo de los Alumnos de la Facultad de Letras de San Marcos, donde expresarán un “voto de aplauso” a los periodistas por su apoyo al movimiento huelguista. Sin embargo, desde que trabajaba en La Prensa, Mariátegui ya recibía en la redacción del diario la visita de importantes líderes obreros y universitarios que fundarían la Federación de Estudiantes, como Humberto Solari, Hernando de Lavalle y Fortunato Quesada, posteriormente presidente de la organización. Aun siendo “antiacadémico”, Mariátegui lograba percibir la importancia de la unión entre estudiantes y trabajadores.

En realidad, la actitud de José Carlos en cuanto al medio académico es en cierta medida ambigua. Algunos de sus mejores amigos y conocidos eran universitarios, como Alfredo González Prada, Abraham Valdelomar y Haya de la Torre. Incluso el Amauta logró matricularse como alumno especial (es decir, oyente) en cursos de latín y filosofía escolástica en la Universidad Católica de Lima, pues no tenía certificado de haber concluido los estudios secundarios. El nombre de Mariátegui figuraba entre los nueve alumnos que pagaron cuarenta soles para estudiar los cursos del primer año de la Facultad de Letras. En el año de su fundación, la Universidad Católica funcionaba en dos salones del Colegio de la Recoleta. De Lunes a Sábado, los estudiantes recibían 24 horas de clases semanales de Civilización Antigua, Estética, Psicología, Literatura Antigua, Literatura Española, Griego, Latín y Francés. Incluso la selección de dicha institución educativa fundada por el sacerdote francés Georges Dintilhac muestra una opción “academista” y religiosa a la vez. Se supone que siguió clases de latín con el padre español Pedro Martínez Velez, sacerdote agustiniano (gran adversario del sistema de aprendizaje de la Universidad de San Marcos) cuyos textos leía y admiraba con entusiasmo. El padre Martínez Velez dictaba clases todos los días de cuatro a cinco de la tarde, donde se discutía el alfabeto latino, las declinaciones, adjetivos, pronombres, verbos, conjugaciones, preposiciones, conjunciones, sintaxis y desarrollo histórico de la gramática española. Sin embargo, Mariátegui no aparece entre los cinco alumnos que dieron examen final de dicha disciplina. Tampoco hay

Continúa en la página 10

4 Para mayor información sobre la Reforma Universitaria en el Perú, ver Eugenio Chang-Rodríguez, *La literatura política de González Prada, Mariátegui y Haya de la Torre*, México, Ediciones de Andrea, 1957; José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, México, Serie Popular Era, 1988; José Carlos Mariátegui, *Temas de educación*, Lima, Biblioteca Amauta, 2003; Alberto Tauro, “Prólogo”, en *Ibid*, páginas 9 a 17; y Messegueur Illán, *Ibid*.

3 Para mayor información sobre la “formación” del Perú contemporáneo, ver Antonio Quijano, *Introducción a Mariátegui*, México, Ediciones Era, 1982; Tullio Halperin Donghi, *Historia Contemporánea de América Latina*, México, Alianza Editorial, 1983; Varios, *Historia de América Latina durante la primera etapa de la crisis general del capitalismo (1917-1939)*, La Habana, Ministerio de Educación Superior, 1981; Jesús Chavarría, *José Carlos Mariátegui and the rise of modern Peru 1890-1930*, Albuquerque, University of New Mexico Press, s/d; Oliveira S. Ferreir, *Nossa America: Indoamerica*, Sao Paulo, Livraria Pioneira Editora / Editora da Universidades de Sao Paulo, 1971; Iosif Grigulevich, *Luchadores por la libertad de América Latina*, Moscú Editorial Progreso 1988; Julio Godio, *Historia del movimiento obrero latinoamericano*, Buenos Aires, El Cid Editor, 1979; Ricardo Melgar Bao, *El movimiento obrero latinoamericano*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1989; y Diego Messegueur Illán, *José Carlos Mariátegui y su pensamiento revolucionario*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1974.

EL 16 DE ABRIL SE CUMPLIERON 78 AÑOS DE

El 16 de abril de 1930, a las 8:45 minutos, en la Clínica Villarán de Lima, ocurrió el infausto momento de su deceso, en compañía de su abnegada esposa, Anita Chiappe, de su hermano Julio César y del escultor Artemio Ocaña. Recogemos, en estas páginas, los testimonios personales de sus tres amigos y asiduos concurrentes a las reuniones que diariamente se celebraban en su casa de Washington Izquierda: María Wiese de Sabogal, Luis E. Valcárcel y Ángela Ramos.

DUELO AM por Luis E.

La figura más grande de la intelectualidad peruana— Carlos Mariátegui— ha desaparecido.

Pensador y apóstol, la juventud de América Latina rebrotó feliz del genio del continente que, en su época, rez, que hoy anima a Ingenieros y antes a Mariátegui, que tan tánea complacencia que a Rubén, que tan a los políticos como se la prodiga a los artistas. Vivió en Mariátegui, y por eso en él se con

En esta década, el Perú sólo fue citado por José Carlos Mariátegui. Y lo que salva a la juventud peruana, es el apostolado de Mariátegui, su cultura y de creación, su fervor y desinterés. Admirable de todos los problemas cardinales que resuelve.

Vida-vértice, en su ancha comprensión y su gran visualidad el panorama de los países, las diferencias que impone la geografía, Mariátegui de este siglo, percibe las comunes inquietudes de las peruanas con conocimiento profundo de nosotros. En el proceso que conduce a la solución la juventud peruana, no puede ser de otro modo la juventud de los ochocientos demócrata, libertad y jacobinismo. Por Mariátegui, con la energía del convencimiento de los socialistas. No pueden ser otros. Una persona que se respete, es decir, que se respeta, que no se sienta inclinada al socialismo. De regreso de Europa donde bebió el dolor de los sacrificados a millones en monstruosa guerra. Tribuna de doctrina radical, nítida, sin fluctuaciones.

Y cerca a Mariátegui la juventud y el pensamiento lo único que no perece, es lo único que permanece. Centuplica su esfuerzo intelectual. Exangüe al ambiente juvenil hasta enfervorecerlo por el trabajo disciplinado, estudio, acción metódica.

El hogar de Mariátegui tórnase en sacramento, una unción mística y se prepara la evulsión, una vida sin mácula, presencia de ese hombre por la tragedia implícita de una alma grande. En las mayores floraciones, la testigo invisible, por el hogar del joven pensador en un verdadero hogar. La América había hallado su símbolo.

De un extremo al otro del continente latinoamericano con fervor. Había destruido las fronteras de la conciencia de la unidad amerindia. Y nacieron las similitudes de las masas oprimidas, de las explotadas. Y casi ninguno que hallara, como se redimiría el indio incorporándolo a la cultura. Las místicas de Rolland, de Barbusse, de Mar

Si es intenso el dolor que aflige a la juventud, la nación de cuantos íntimamente convivimos. Los tumbrados a verle reducido a una mínima. La final extinción. Sólo nos consuela el convencimiento de cada uno de los actos trascendentales que en su lucha titánica contra la opresión y la

Dos aspectos del sepelio de los restos de José Carlos Mariátegui. Una multitud de amigos y admiradores lo acompañaron, caminando a pie, desde la casa mortuoria de la calle Washington hasta el Cementerio Presbítero Maestro, en Lima. El cortejo fúnebre recorrió las principales calles de la ciudad de Lima

EL MENSAJE DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI, por María Wiese

Sincera y ferviente, clara y sencilla, robustecida por una amplia cultura y una avanzada orientación ideológica, la palabra de José Carlos Mariátegui se imponía hasta a sus mismos adversarios. Se le combatía, se discutían sus ideas —esta lucha y estos ataques daban más fuerza a su pensamiento, más lucidez a su verbo— pero el acento de su mensaje tenía la virtud de penetrar en todos los espíritus. Es que ese mensaje era el de un hombre honrado y puro, de un hombre entregado con pasión a una obra y a un ideal. Vocablo manoseado y profanado por cuantos falsos profetas y retóricos es este de “ideal”. Se vacila antes de usarlo. Pero en Mariátegui el ideal era una realidad; era la verdad de su vida. Él sí que podía declararse sin jactancia: “marxista convicto y confeso”. Cada frase que él echaba al papel, cada página escrita por su pluma, eran dictadas por una profunda convicción. Nunca disfrazó sus ideas, ni se compuso una “actitud” que le atrajese la admiración de los demás. Hasta los mismos pecados literarios de su adolescencia fueron llenos de sinceridad y de fervor.

Por su nobleza, por su elevación, por su emoción el mensaje de Mariátegui está llamado a perdurar. No en vano hizo José Carlos Mariátegui el sacrificio de su vida —salud, bienestar económico de los suyos, tranquilidad, confort— a una idea.

Abril, 16 — 1930

LA MUERTE DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

*José Carlos Mariátegui, sonriente y feliz,
rodeado de sus hijos: Sandro, Sigfried,
José Carlos y Javier.*

AMERICANO, Valcárcel

alidad del Perú de esta generación —José
D.

América veía en él, con legítimo orgullo, el
unas veces, crea a Bolívar y, otras, a Juá-
Marti, que alumbra a Montalvo con espon-
pronto esquiva su fecundidad y se la niega
tistas. América del futuro, América eterna
contempló la juventud de este hemisferio.

o con honor cuando aparecía el nombre de
Perú, lo que salva la responsabilidad de la
Mariátegui, su obra doctrinaria, su élan de
rés, su apoyo del orpimido y su intuición
es de América. Mariátegui los estudia y los

de la realidad contemporánea, no escapa a
ueblos y de las razas. Por encima de las
Mariátegui, como los pensadores ecuménicos
estudes. Afronta Mariátegui las cuestiones
uestra particular modalidad; pero imprime
a praxis del tiempo. Socialista, comunista,
uventud de la época, como fue la de los
na. Los métodos para la acción impuestos
cido, eran y siguen siendo métodos exclu-
s, porque —como dice Wells— apenas ha-
a capaz de pensar con altura o con profun-
smo. Y es así como José Carlos Mariátegui,
or de las clases oprimidas, de los hombres
rra, sienta en el Perú cátedra de marxismo,
ituaciones y sin transigencias pávidas.

roletariado forman la valla invencible. En
persistirá. Mariátegui, inválido, enfermo,
ie, moribundo, trasfunde toda su vitalidad
or ideas y programas que exigen sacrificio,
ca.

ntuario. Ahí se habla de lo porvenir con
nsciente del peligro. El ejemplo de esta
puro espíritu —el cuerpo es una guñapo—
que carece de organismo que le permita
resentida, la muerte próxima, convertían el
ro santuario. Un santuario en que la Idea

voz de este hombre débil —era escuchada
de América. Pocos como él despertaban la
die consiguió subrayar mejor las grandes
as razas y de las clases despiadadamente
on tanta exactitud, la verdadera clave: sólo
causa del proletariado universal. Voces ar-
iátegui!

ventud peruana, no tiene límites la conster-
nos con el creador de “AMAUTA”. Acos-
a vitalidad física, no nos resignamos a su
encimiento de que Mariátegui revivirá en
le cumple realizar a la juventud americana
a injusticia.

LA SONRISA DE JOSÉ CARLOS, por Angela Ramos

José Carlos es la redención del Perú. Su vida grande y pura un ejemplo para la hora de la vergüenza que vivimos. Vivió como quiso, es decir, de la manera más noble, y no como quisieron los demás. Fustigado por la vida y perseguido por los que le temían, no conoció nunca el miedo y el desaliento, por eso fue un vencedor. Luchó durante todos los minutos de toda su existencia, hasta cuando la muerte le hirió.

No necesitó palabras para hacerse oír de los humildes sobre cuyos hombros llegó a la última mansión. Su vida heroica fue su único discurso escuchado hasta el último rincón del país por millares de seres que estremecidos hoy por la muerte del Maestro esperan su hora.

Los que estuvimos y estaremos siempre con él, ya conocemos una ruta por la que habrán de seguir nuestros hijos, la nueva generación.

Si quemó su vida en llamaradas de amor y de fe, ávido de encender cerebros y corazones, la roja antorcha que prendió para alumbrar el sendero pasará de mano en mano triunfadora entre las falanges de los hombres de hoy que no saben temblar, que no saben suplicar; que sólo saben que el mañana es suyo aunque tengan que dejar girones de vida en el sendero.

José Carlos no ha muerto. Queda para nosotros como un ejemplo y como un mandato. José Carlos fue un símbolo, hoy es una señal.

¡Risa luz de José Carlos! Le brotaba del alma y le llegaba a los ojos hecha llama. Por sobre su miseria física, por sobre la miseria moral de los otros, que siempre le acechaba, su risa extendida como un sol.

Risa que alumbró todos los caminos, que iluminó todas las inteligencias, que confortó todos los corazones. Era la aurora de mejores días presentidos por él; era su bandera, su canción.

Yo veo más que el rostro, la risa de José Carlos optimista, triunfadora. Era toda una gama: la bondad, la ternura, la ironía, la burla, la expresaban sus labios finos y maestros en el arte de reír. Y cuando la risa pasaba de los labios, se adentraba, eran gorjeos de pájaro loco, seguro de su libertad a pesar de su prisión. ¡Cuánta alegría, cuánta fuerza, cuánta fe!

Es que para reír así se necesita haber visto la verdad a la cara sin temblar. Sólo ríen así los héroes y José Carlos fue gran héroe. Pudo haber escogido el camino de mártir, pero le repugnó. Era demasiado fuerte y el martirologio está desacreditado.

Triunfador, vencedor, esa fue su arma más peligrosa. Con ella fustigó cobardías, con ella alentó y abrió derroteros desconocidos a los hombres nuevos. Los que marchan por los caminos vírgenes, van riendo con la risa del Maestro.

Río siempre, río en todo momento, hasta instantes antes que la muerte llegara. ¡Me imagino su gran risa desde adentro de la caja al contemplar a Lima carcomida santiguarse al paso de las banderas rojas y de los fuertes sonos de la Internacional! Debió haber sido su risa definitiva.

José Carlos: al golpe de tu risa se ha abierto un Mundo.

documentos sobre su participación en otra clase. El Amauta se quedó poco tiempo en dicha universidad. Ciertamente se decepcionó del ambiente anticuado y conservador que luego abandonó.⁵

En aquella instancia, decidió participar en conversaciones informales y clases "libres" dictadas por su amigo y profesor de Derecho, diputado, diplomático y periodista, Víctor Maúrtua, entonces entusiasmado por la revolución rusa y las doctrinas socialistas quien influyó bastante en José Carlos con la idea que los artistas y científicos se debían vincular con la lucha de los estudiantes y trabajadores, y que debían ser ante todo, difusores y educadores del pueblo. Es decir, deberían ayudar a transformar el mundo y construir el "hombre nuevo". Estos discursos ciertamente influyeron en el joven socialista quien en esa época empieza a acercarse a la obra de Marx, Sorel y sus mitos revolucionarios.

Las críticas de Mariátegui al gobierno de Leguía aumentaban por lo que el dictador decidió sacar de escena a su opositor popular. Convencido por Enrique Piedra y Foción Mariátegui, el presidente ofreció al Amauta la posibilidad de vivir en Europa donde trabajaría como "agente de propaganda periodística" del gobierno, recibiendo una "beca" mensual del Ministerio de Relaciones Exteriores. En la práctica, sería una forma disimulada de "exilio." Entre ir a prisión o vivir en el Viejo Continente, José Carlos, aunque criticado por algunos sectores de izquierda, prefirió conocer de cerca la realidad europea.

Así, llega a Francia a fines de 1919 donde solo se quedó cuarenta días, siguiendo de allí a Italia donde viviría dos años y medio, se casaría con una joven italiana, tuvo un hijo, siguió por la prensa las huelgas en las fábricas, asistió al XVII Congreso del Partido Socialista en Livorno y a la ascensión del fascismo. En esa época también trató de fundar sin éxito un núcleo socialista. Incluso vivió unos meses en Alemania, volviendo al Perú en Febrero de 1923 y llegando a la capital en Marzo del mismo año. Fue en Europa que la preparación intelectual del Amauta dio un salto: profundizó en las teorías en boga entonces, leyó revistas, periódicos y libros de autores importantes como Croce, Tilgher, Keynes, Lenin, Gobetti y Sorel, conoció personalidades literarias y políticas de la época, siguió publicando artículos periodísticos en el Tiempo - diario para el cual era corresponsal - y empezó a preparar textos teóricos más elaborados.

Sin embargo, mientras Mariátegui estaba en Europa, los estudiantes seguían organizándose en su país. Con la intención de ampliar las reformas de la enseñanza superior y llevar sus beneficios al resto del Perú, la Federación de Estudiantes resolvió convocar un Congreso en el Cuzco del 11 al 20 de Marzo de 1920, con la participación de representantes de todas las universidades peruanas. En este encuentro se decidió constituir efectivamente las Universidades Populares, propuesta de Abraham Gómez con el apoyo energético entonces de Luíz Bustamante y Haya de la Torre. El objetivo de este centro de enseñanza sería promover un "ciclo" de cultural general, de carácter nacionalista y otro "ciclo" de especialización técnica, abriendo la universidad al proletariado y los sectores más pobres de la población, creando la posibilidad de democratizar más la educación y perfeccionar el nivel educativo y crítico de los trabajadores. Por lo tanto, los alumnos recibían clases de historia, geografía, "salubridad", matemática, español

y economía. Inicialmente no había cursos con temas políticos y sindicales.

En octubre de aquel año, el nuevo presidente de la FEP, Juan Francisco Valega, encargó a Haya la importante tarea de implementación del proyecto. Así, el 22 de Enero de 1921, se inauguraba la primera Universidad Popular en la misma sede de la Federación y con pocos recursos financieros. La mayor parte de la inversión provenía de la Universidad de San Marcos y una pequeña parte de la Facultad de Medicina. La nueva universidad, un fenómeno principalmente limeño y que tuvo en Haya de la Torre a su primer rector, ofrecía inicialmente cursos de geografía e historia social. La segunda universidad se inauguró en Vitarte y luego aparecieron otras en Lima, Salaverry, Barranco, Arequipa y Cuzco. Todas funcionaban de manera precaria y predominaban las ideas anticlericales, anarquistas y conspiradoras. Sin embargo, en las provincias estas universidades tuvieron poca duración e incidencia política y cultural. En 1922, estas instituciones educativas fueron bautizadas como Universidades Populares González Prada, teniendo en sus cuadros profesores como Raúl Porras Barrenechea, Jorge Basadre, Oscar Herrera, Manuel Abastos y Chávez Herrera, entre muchos otros. Las clases se dictaban de noche en cursos semestrales. También había coloquios y conferencias para completar las clases.

Después de viajar por varios países de América del Sur, como Chile, Uruguay y Argentina, participando en eventos estudiantiles y obreros, dando conferencias y representando a la FEP, Haya retornó al país a mediados de Junio y aumentó sus críticas y ataques contra el gobierno de Leguía. El dictador lo invitó a estudiar en Inglaterra, financiado por el régimen, pero el no aceptó. Poco después fue a Trujillo a crear las condiciones para fundar una universidad popular allí. Al aumentar las actividades de Haya contra el gobierno, el presidente le ofreció una gran cantidad de dinero y una jugosa pensión mensual a cambio de un exilio "voluntario" algo que rechazó varias veces.

El 23 de mayo, debido a la consagración del Perú al Sagrado Corazón de Jesús y al Arzobispado de Lima, se organizó una gran protesta popular contra el gobernante. La represión policial fue dura, teniendo como resultado el asesinato de un chofer y un estudiante. De regreso en la capital, Mariátegui prefirió no participar en las manifestaciones, quizás por su respeto a los asuntos religiosos, aunque argumentase que, en la práctica, creía que aquella era una lucha "liberalizante" sin sentido revolucionario. No obstante, luego de ser invitado por Haya a dar clases en la Universidad Popular González Prada, pronto estuvo de acuerdo. Empezó sus dieciocho conferencias sobre actualidad política internacional en Junio de ese año, con una clase llena de alumnos mayormente obreros. Los títulos de las conferencias fueron "La crisis mundial y el proletariado peruano", "La literatura de la guerra", "El fracaso de la Segunda Internacional", "La intervención de Italia en la guerra", "La revolución rusa", "La revolución alemana", "La revolución húngara", "La actualidad política alemana", "La paz de Versalles y la Sociedad de las Naciones", "La agitación proletaria en Europa en 1919 y 1920", "Los problemas económicos de la paz", "La crisis de la democracia", "La agitación revolucionaria y socialista del mundo oriental", "Revolución y crítica de las instituciones del régimen ruso", "Internacionalismo y nacionalismo", "La revolución mexicana", "Los intelectuales y la revolución" y "Lenin" Es decir, la mayoría de sus conferencias trató sobre temas europeos. Ciertamente su discurso se modificaba en estilo, dependiendo del público. Por ejemplo, en las Universidades Populares, su intención era la concientización ideológica. En esa ocasión, tratará de mostrar a los trabajadores las limitaciones de las concepciones anarquistas, criticará el anticlericalismo, la prensa del país y la falta de buenos profesionales de nivel superior y de grupos so-

cialistas y sindicalistas que fuesen" dueños de instrumentos propios de la cultura popular y por lo tanto, aptos para crear en el pueblo el interés por estudiar la crisis" También tratará de "ganar" a su público para una interpretación marxista de la historia del Perú y para la causa socialista: casi será un trabajo de "conversión" política. En este sentido, considerará que la misión de las Universidades Populares es constituir una cultura revolucionaria. Para Mariátegui, las Universidades Populares no deberían ser consideradas como institutos de "extensión universitaria", agnósticos y grises, ni solo como escuelas nocturnas para trabajadores. De acuerdo con él, eran escuelas de renovación pues no dependían de academias oficiales ni de limosnas del gobierno, sino del calor de las masas populares. Por lo tanto, no sería una simple "reflexión" rudimentaria de ideas y valores burgueses sino la creación de una nueva experiencia intelectual dentro del proletariado. Por eso, el debatirá la importancia de construir espacios específicos donde se pudiese elaborar y consolidar una "cultura obrera" de hecho, pues esta tarea integraría la lucha política general de los trabajadores contra la burguesía. En esa época, también son apesados Haya de la Torre y varios militantes de la Federación.⁶

Haya volvió a ser elegido presidente de la organización en las elecciones de la FEP en Octubre de 1923. Entretanto, fue apesado durante la disputa y luego expulsado del país. En esa ocasión, muchos estudiantes y profesores trataron de impedir la deportación, incluso pensaron convocar a una huelga general sin éxito. En una de esas reuniones "conspiradoras" la policía apresó a todos los participantes, incluso al propio Mariátegui, quien también estaba involucrado intensamente en tales disusiones.

El dictador Leguía y los gobiernos locales se volvían cada vez más agresivos al combatir a los estudiantes. En la provincia de Trujillo, las autoridades departamentales aumentaban la presión sobre varios docentes para que rechazasen las propuestas de los universitarios, aumentando la represión contra la FEP destruyendo sus sedes y lugares de reunión. El dictador trató de cerrar las Universidades Populares de Lima, Trujillo, Cuzco y Puno. Las manifestaciones fueron disueltas y la Universidad fue ocupada por las Fuerzas Armadas y varios profesores, estudiantes, intelectuales y trabajadores fueron detenidos.

Antes de abandonar el Perú, Haya nombrará a Mariátegui director interino de la revista Claridad - publicada por él -, en la práctica órgano oficial de las Universidades Populares. Con Mariátegui como director de dicha publicación, la revista se radicaliza y empieza a ser considerada como el "órgano de la Federación Obrera Local de Lima y de la Juventud Libre del Perú" También fundará la Sociedad Obrera Claridad, representante de las federaciones de trabajadores e indígenas, de las Universidades Populares González Prada y de los intelectuales de vanguardia, cuyo objetivo era publicar un periódico clasista para difundir los anhelos del proletariado, así como abrir librerías obreras y editar libros, folletos y revistas de propaganda que difundiesen la cultura de las clases menos privilegiadas. Es decir, un trabajo de divulgación y concientización de los trabajadores. A partir de allí, José Carlos probablemente se convierte en la figura de izquierda más conocida e importante del país. A tra-

5 Ver Teodoro Hampe Martínez, "José Carlos Mariátegui en la Universidad Católica" en Gonzalo Portocarrero, Eduardo Cáceres y Rafael Tapia (orgs.), *La aventura de Mariátegui, nuevas perspectivas*, páginas 139 a 143.

6 Ver Ricardo Luna Vegas, *José Carlos Mariátegui, ensayo bibliográfico*, Lima, Editorial Horizonte, 1989, páginas 43 a 46; y Ricardo Portocarrero, "José Carlos Mariátegui y las Universidades Populares González Prada", en Gonzalo Portocarrero, Eduardo Cáceres y Rafael Tapia (orgs.), *La aventura de Mariátegui: nuevas perspectivas*, páginas 389 a 420.

vés de los años, su casa se transforma en el principal lugar de encuentro de intelectuales, artistas, obreros y estudiantes.

En Enero de 1924, dicta su último curso en la Universidad Popular. Pocos meses después le amputan una pierna.

En 1925, la Federación decide proponer, sin éxito, el nombre de Mariátegui para ocupar una cátedra en la Universidad de San Marcos. La mala voluntad del rector, la falta de título académico del Amauta, así como su delicado estado de salud, le impedirán dictar clases en dicha institución. Aun así, el sigue el tema de la educación con gran interés, escribiendo varios artículos al respecto.

Aquella fue una época intensa para Mariátegui. Ya en 1925, funda la editorial Minerva con su hermano Julio César, ese mismo año publica su primer libro, *La Escena Contemporánea* y en 1928, su obra más importante, los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*.⁷

Desde su regreso al país hasta el final de su vida, se convirtió en director de la revista *Mundial*, a cargo de la sección *Peruáncemos el Perú*, tuvo tres hijos más con su esposa italiana, fundó la revista mensual *Amauta* y el quincenario *Labor*, siguió publicando artículos en otros periódicos de la capital y fundó el Partido Socialista y la CGTP (Central General de los Trabajadores del Perú), siendo el dirigente principal de ambas organizaciones.

Como ya se dijo, Mariátegui siguió teniendo un gran interés por el tema de la enseñanza siendo la revista *Amauta* un ejemplo de ello. Aunque en sus primeros números fue nombrada “tribuna libre abierta a todos los vientos del espíritu”, una publicación hecha por “hombres de vanguardia” y espacio de debate para renovar el país, desde el número 17 empieza a definirse como socialista, luego de la ruptura con el APRA. Se difundía en el interior del Perú, en las áreas rurales, era leída en voz alta a los campesinos y luego era objeto de debate colectivo. Es decir, no se dirigía solo a un público intelectual, sino también a campesinos e indígenas, muchas veces analfabetos o con poca instrucción formal.

Específicamente, los artículos sobre el tema “educación” en sus distintos aspectos históricos, políticos, pedagógicos y corporativos, abarcaba casi 200 páginas de las 2,334 de todas las ediciones. 67% de ellas eran sobre educación nacional y 33% sobre la problemática de la enseñanza en el extranjero. Colaboradores regulares como Carlos A. Velásquez, Miguelina Acosta Cárdenas, César Acurio, María Judith Arias, Luis E. Galván y José Antonio Encinas, especialistas o interesados en el tema, dedicaron algunos ensayos sobre educación secundaria, superior e indígena.

La publicación también abordó la Reforma Universitaria. Los textos, a la vez que traen información circunstancial, muestran claramente la postura anti civilista de la revista, difundiendo también balances periódicos de acontecimientos similares en otros países del continente. Mariátegui conocía claramente las limitaciones de los estudiantes y de la reforma en sí, mostrando cierto escepticismo frente a

aquella agitación de horizontes estrechos en gran medida. Sería posible encontrar en los orígenes de la reforma diferentes elementos como las ilusiones liberales y pacifistas de las predicaciones wilsonianas, la formación y llegada al poder de la Unión Cívica Radical en Argentina y la creciente proletarianización de la clase media en el continente, cada vez con menos posibilidades de ascenso social. Solo mediante la colaboración de los estudiantes universitarios con los sindicatos obreros, la experiencia de lucha contra las fuerzas conservadoras y la crítica concreta a los intereses y principios de apoyo del orden vigente, es que las vanguardias universitarias podrían llegar a una orientación ideológica definida.

Del número 12 al número 16 de la revista, José Carlos publicará algunos estudios sobre la problemática de la enseñanza en el país. La primera parte se titulará “La reforma universitaria” y la segunda “El proceso de instrucción pública en el Perú” que luego se agruparán, reordenarán e incluirán en los *Siete Ensayos*, con algunas revisiones y cambios, bajo el título “Proceso de instrucción pública.” La Reforma Universitaria repercutió grandemente en el pensamiento de Mariátegui, aunque solo representa 1% de todo lo publicado sobre educación en *Amauta*. Sin embargo, el tema específico de la enseñanza a los indígenas fue relegado a un segundo plano aunque la problemática agraria e indigenista era un tema importante en la obra del periodista. No profundizó en el tema, aun sabiendo que la falta de escolaridad de los indios se relacionaba estrechamente con los temas sociales y la economía nacional. En este caso, se tiene la impresión que para el autor de *La escena contemporánea* sería muy difícil mantener escuelas y profesores “progresistas” en colegios indígenas mientras la nación aun estuviese marcada por la égida del ambiente “feudal.” Por lo tanto sería una ilusión creer que este problema se solucionaría a corto plazo. La dificultad de construir una cantidad suficiente de colegios para una gran masa de ciudadanos necesitados de estudiar, la pobreza del presupuesto, la falta de profesores y el atraso de toda la estructura política, social y económica, elitista y prejuiciosa, creaban estas dificultades. En otras palabras, la cuestión más importante sería democratizar y socializar el acceso a la tierra, la única condición para que el indio pudiese mejorar su situación en conjunto, tanto en el Perú como en el continente en forma general.⁸

Es bueno recordar el total estado de abandono de la población más pobre del campo por el gobierno de Lima. En 1926, sólo funcionaban 238 escuelas rurales públicas y cerca de 200 escuelas particulares. Según los estimados de la época, se necesitaban por lo menos 6,000 colegios más para cubrir la demanda de la enseñanza. En Ancash, el analfabetismo llegaba al 70%, en Puno al 88% aproximadamente. En los encuentros con los delegados de los Congresos Tahuantisuyo, Mariátegui percibió que la demanda de la educación era una prioridad de los indígenas. Alejandro Franco, miembro de una Comisión Parlamentaria que recorrió los departamentos del sur del Perú en 1920, constató una observación similar. Entonces se advertía que 85% de los reclamos de los campesinos indígenas se relacionaban con el problema de construcción de escuelas y contratación de docentes en la región y solo 15% se relacionaba con el tema agrario. Durante el Oncenio de Leguía – once años en que permaneció en el poder – muchas comisiones indígenas se reunieron en el Ministerio de Educación de la capital para solicitar escuelas y profesores.⁹

Sin profundizar mucho el tema, el *Amauta* propondrá nuevas “fórmulas” escolares, basadas

fundamentalmente en la “autoenseñanza” y el control de los métodos y contenidos de enseñanza por las propias masas populares, y así posibilitar el surgimiento de una conciencia revolucionaria, desde una educación “ideológica” progresiva del campesinado, hecha por docentes que también fuesen indígenas. Sería una forma de contraponer la difusión y reproducción de la ideología dominante de las elites y del gobierno. Es decir, una educación no impuesta por blancos o mestizos, sino promovida por los propios indios, lo que representaría un esfuerzo a largo plazo por cambiar las estructuras sociales y educativas del país. Por lo tanto, Mariátegui también se oponía a contratar “especialistas” extranjeros para realizar esta “renovación” educativa. Tenía claro que el problema de la enseñanza solo se podía comprender al ser considerado esencialmente como un problema económico y social. Por eso, la ingenuidad de algunos “reformadores” por tratar el tema como algo abstractamente “idealista” y desde una doctrina “exclusivamente” pedagógica. Solo se podría “reformar” la educación cuando las leyes económicas y sociales así lo permitiesen.

Con relación al debate entre los defensores del sistema “clásico” de humanidades y quienes apoyaban la línea más técnica y “científica”, mostrará como los abogados y literatos generalmente perpetúan un esquema reaccionario, elitista y conservador, donde se cultivaba la retórica y los privilegios, mientras que la actividad práctica de los egresados de facultades e institutos de ciencias seguía el camino de la economía y la civilización. En este caso, la “civilización” debía mucho más a la ciencia que a las humanidades. Defenderá la “escuela del trabajo” donde se incorporaría el “trabajo manual educativo” al curso primario. Su mejor ejemplo será el nuevo sistema educativo revolucionario de Rusia.

El hecho que estas reformas fuesen hechas específicamente para la enseñanza fundamental muestra el distanciamiento y el elitismo dominante en los cursos secundarios y superiores. Por lo tanto, para Mariátegui, un concepto moderno de escuela uniría trabajo manual e intelectual en un mismo ambiente. En su concepto, América Latina necesitaba más técnicos que rectores. También propugna incorporar la enseñanza “única” a los programas escolares, una idea de origen absolutamente social para él. De acuerdo con el Amauta, la educación en el régimen “burgués” se caracterizaría por una enseñanza clasista que separaba a los niños de familias ricas y de origen obrero o campesino. Habría una separación de clases desde la infancia, facilitando el ascenso de los alumnos de las elites e impidiendo el desarrollo intelectual y luego profesional de los estudiantes pobres, lo que representaría una enorme injusticia. Volverá a recurrir a Lunatcharsky y al modelo de enseñanza rusa que se desarrollaba entonces. Sería fundamental implementar la enseñanza única en “Nuestra América” pues la cultura era un privilegio absoluto de la burguesía del continente.

Desde allí, se dará importancia fundamental a los profesores de enseñanza primaria, para él, más cerca del pueblo por su origen popular. Al contrario de los docentes de secundaria o de las universidades, mas elitistas y diletantes, con otras profesiones o actividades además de la docencia – como abogados, parlamentarios o latifundistas – los profesores primarios se dedicarían exclusivamente a la enseñanza y entenderían de hecho a los sectores más humildes de la población, justamente por pertenecer a ellos, y por eso, tener mayor interés en mejorar sus condiciones. Trabajarían con mayor dedicación, aunque estuviesen aislados en algún pueblo, dependiendo de algún caudillo local, lejos del movimiento cultural, mal pagados por el gobierno y con pocas posibilidades de desarrollo intelectual o profesional por

7 Ver José Carlos Mariátegui, *La Escena Contemporánea*, Lima, Biblioteca Amauta, 1985; José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*; Jorge Falcón, *Anatomía de los 7 ensayos de Mariátegui*, Lima, Empresa Editora Amauta 1978; Luis E. Valcárcel, “Un libro de Mariátegui”, en José Aricó (org.), *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, México, Ediciones Pasado y Presente, 1978, páginas 239 a 242; Samuel Glusberg, “7 ensayos de interpretación de la realidad peruana” por José Carlos Mariátegui en *Ibid*, páginas 242 a 244; J.L. Morenza, “Un nuevo libro de Mariátegui” en *Ibid*, páginas 244 a 249; Atilio E. Torassa, “7 ensayos de interpretación de la realidad peruana” por José Carlos Mariátegui, Lima, Perú, Editorial Minerva, 1928”, en *Ibid*, páginas 249 a 251; Alberto Zum Felde, “El Perú de Mariátegui” en *Ibid*, páginas 251 a 253; Baldomero Sanín Cano, “La conferencia de una raza”, 2en *Ibid*, páginas 253 a 255

8 Para mayor información sobre el tema de la educación en la revista *Amauta*, ver Alberto Tauro, *Amauta y su influencia*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1987; Jorge Falcón, *Amauta: polémica y acción de Mariátegui*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1979; Eve Marie Fell, “El tema de la educación peruana en *Amauta*” en Roland Morgues (org.), *Mariátegui, una verdad actual siempre renovada*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1994, páginas 45 a 51; y Claude Fell, “Vasconcelos- Mariátegui: convergencias y divergencias” en *Ibid*, páginas 53 a 70.

9 Ver Eve Marie Fell, *Ibid*, página 50.

falta de acceso a otros elementos de estudio. Por eso, los intelectuales y estudiantes de vanguardia deberían dirigirse a esa categoría en la lucha por cambios políticos más profundos dentro del país.

Una renovación esencial sería abrir los estudios de nivel superior a los egresados de las Escuelas Normales, no para "aburguesar" a los normalistas, sino para "revolucionar" las aulas universitarias. Por eso, la importancia de no diferenciar el problema de la enseñanza fundamental de la enseñanza superior. No habría un "problema" universitario independiente de la escuela primaria y secundaria sino un problema de educación pública en general que abarcaría todos los niveles de enseñanza y el profesor primario, hijo de obrero o campesino, debería comprender y sentir su responsabilidad para constituir un orden nuevo.

Con relación al problema de las universidades, Mariátegui dirá que la crisis del sector es estructural, espiritual e ideológica. No se limitaba a algunos malos profesores sino a la falta de verdaderos docentes. Se necesitaría un tipo de profesor con características de "conductor" con "voz profética" de "líder" y "apóstol". En este caso es clara la influencia religiosa, el estilo d'annunziano, las ideas de Sorel y la necesidad de individuos con rasgos "heróicos" para "purificar" y "renovar" el ambiente universitario. Es decir, algunos "individuos" harían la diferencia. La Universidad de San Marcos era una institución estática sin interés en las inquietudes, pasiones, problemas o preocupaciones que conmovían a otros centros de enseñanza superior del mundo. Vivía al margen de los nuevos tiempos, sin darse cuenta de sus teóricos, pensadores y críticos. A sus catedráticos conservadores, reaccionarios y civilistas, de temperamento burocrático y acomodado, solo le importaba la literatura del curso que impartían y solo se interesaban por altos cargos públicos o asesorar empresas privadas capitalistas. No serían hombres panorámicos sino intelectuales sin filiación ideológica, de rasgos aristocráticos, patrocinadores y parásitos del civilismo y de la plutocracia nacional, temerosos del pueblo y la multitud, demasiado preocupados por cuestiones estéticas. No habría ningún revolucionario o renovador entre ellos. El estudiante de mentalidad estrecha, con poca capacidad de discernimiento, vería como ejemplo a un mal profesor. Así, se formarían profesionales de mentalidad y carácter limitados que apenas se esforzarían por obtener un título académico y luego, comprar un auto, ganar mucho dinero y obtener una cátedra en alguna universidad. Una señal para resolver este problema estaría en las Universidades Populares. Por lo tanto, la crisis de la universidad sería una crisis de profesores e ideas. Una reforma limitada no sería suficiente, apenas llegaría a la superficie en cuestión. Y el descontento y la agitación estudiantil volverían a comenzar. Pero el periodista percibía que la "juventud" universitaria volvería a un estado de conformismo y que los profesores seguirían insistiendo en la disciplina y obediencia de los estudiantes.

Otro tema importante debatido por Mariátegui fue la cuestión de los libros y bibliotecas. En este caso, denunció el estado de abandono de la Biblioteca Nacional de Lima. Para él, era una biblioteca pobre, llena de material inútil, mayormente literatura "oficial" ajena a su categoría y título. Faltaban libros, revistas y periódicos de calidad publicados entonces en otros países. Por lo tanto, el lugar no era de gran ayuda para los estudiosos. Una biblioteca pública no debería ser un relicario sino un órgano vivo de estudio e investigación. Esta carecía de los libros más esenciales sobre política, economía, filosofía y arte, entre otros. Quizás uno de los principales problemas fuesen los pocos recur-

sos del presupuesto nacional dirigidos a dicha institución. Por eso no podía hacer más compras, publicar un boletín bibliográfico ni producir un catálogo. De esta manera, sería fundamental y urgente organizar una verdadera biblioteca pública nacional.

Si se hiciese un "balance" editorial del Perú, se podría constatar la falta de libros en el mercado del país. Quizás se podría medir el "progreso" peruano según las elites, por el consumo de autos o cemento, pero no por el consumo de libros. La falta de interés y la poca cantidad de libros en el Perú no se debería considerar un problema solo de la supuesta "clase ilustrada" sino de toda la nación. En realidad, la actividad editorial era infima. Las librerías de la capital ofrecían pocos libros que generalmente llegaban atrasados al país y en muchos casos ya desfasados. Y el mercado era controlado por editoriales españolas que producían libros de mejor calidad gráfica y que se vendían a precios más accesibles. Normalmente, los autores peruanos debían pagar para editar sus libros en tirajes pequeños, caros para el consumidor y de distribución limitada. En este caso, sería importante la unión de autores, editores y libreros para crear un buró, oficina o asociación encargada de difundir las obras nacionales dentro y fuera del territorio y en el extranjero, mediante publicidad organizada, una red de agencias en las principales ciudades de América Hispánica e intercambio con otros editores del continente. A su vez, el estado estaría obligado a proteger el libro mediante mecanismos tarifarios favorables como impuestos postales especiales, por ejemplo. En varios países europeos se consideraba que el libro era un "indicador" de civilización, pero el Perú aun estaba muy lejos de dicha situación, no recibía estímulo del gobierno mientras que el pueblo no leía mucho debido a una mala formación educativa, la falta del hábito de lectura y también por falta de bibliotecas públicas, escolares y universitarias. El Ministerio de Educación, la Biblioteca Nacional y las universidades deberían fomentar la producción literaria y artística nacional. Para el Amauta, Argentina sería un ejemplo en materia editorial, con toda su estructura editorial, publicaciones, traducciones, distribución y ferias de libros. Es decir, el Perú tendría que aprender de su experiencia para realizar su propio trabajo nacional. El autor de los Siete Ensayos creía que los intelectuales peruanos, aunque estaban concientes de los múltiples problemas del sector cultural y editorial, aparentemente estaban más preocupados en publicar sus obras que en resolver este asunto.

Otro tema debatido por Mariátegui fue la educación artística. Por un lado, incentivaba que la población apreciase la música clásica, considerando que si el Estado o el Municipio invitasen al pueblo a asistir a conciertos de la orquesta sinfónica con fines de educación musical, el público ciertamente participaría y aprovecharía la experiencia. Pero también había un debate sobre el tema más incluyente de las artes en el medio académico. El programa de enseñanza en el Perú no demostraba mucho interés en la educación artística a nivel escolar. Desde la creación y consolidación de la Escuela de Bellas Artes no había razón para que los colegios no recibiesen profesores formados allí. Aun con personal reducido, sería fundamental elaborar un programa de educación artística que diese preferencia a contratar profesionales de dicha institución, lo que significa que la Escuela de Bellas Artes debería tener una función en la educación pública. Y sus graduados, en muchos casos alumnos pobres, conseguirían un trabajo luego de formarse, pudiendo usar sus conocimientos en su área de estudio, lo que sería un medio honrado para que los graduados de dicha academia subsistiesen y la educación pública se beneficiaría con el trabajo de profesionales serios. Se debería priorizar la educación fundamen-

tal de artes plásticas, pero los mismos conceptos se podrían usar enseguida para la enseñanza musical en las escuelas.

Finalmente, el tema de los concursos y premios literarios. Mariátegui también critica esa modalidad tal como se realizaba entonces. La institución de concursos y premios anuales no resolvería el tema de la calidad y el desarrollo de la literatura en el Perú puesto que no representaría el espíritu de la época ni señalarían necesariamente las mejores obras producidas en un determinado periodo histórico. Se debería atacar los concursos con temas anticuados, no sintonizados con el momento y con tramas y estéticas favorables a ciertos sectores académicos o grupos políticos del poder. No obstante, en algunos casos los premios podrían coincidir con la "intuición" de una época, ayudando a un auténtico artista o intelectual.

La mayor ambición de Mariátegui era contribuir al nacimiento del socialismo en su país,¹⁰ pero percibió que los resultados de la Reforma Universitaria eran insatisfactorios. Para el Amauta, la renovación requerida de los estudios se había detenido en una etapa incipiente: los estudiantes solo lograrían llevar el cambio a una fase inicial. Después de 1924, resurgió el viejo espíritu conservador y oligárquico en el medio académico, en gran parte debido a la desorientación de los mismos estudiantes. Es decir, las agitaciones estudiantiles empezaban con arranques de entusiasmo, pero se detenían allí. La inconstancia de los alumnos los llevó a la derrota: querían intervenir en el gobierno de la Universidad, pero no lo lograron y los métodos de enseñanza se mantuvieron intactos. Ni siquiera se intentó la docencia libre como experiencia pedagógica. Aun así, Mariátegui seguía creyendo en las posibilidades del movimiento estudiantil. Para él, el único camino de los estudiantes era unirse a la tarea de construir un nuevo orden político y social en el Perú. Ya había llegado el momento de hacer sentir la presencia del socialismo en aquel país.

10 Para mayor información sobre el pensamiento de Mariátegui, ver Ricardo Luna Vegas *José Carlos Mariátegui, ensayo bibliográfico*; Alberto Flores Galindo, *La agonia de Mariátegui, la polémica con el Komintern*, Lima, Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo, 1982; Robert Paris, *La formación ideológica de José Carlos Mariátegui*, México, Ediciones Pasado y Presente, 1981; José Aricó (org.), *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, México, Ediciones Pasado y Presente, 1978; Carlos Manuel Cox, "Reflexiones sobre José Carlos Mariátegui" en *Ibid.* Páginas 3 a 8; Juan Vargas, "En defensa de José Carlos Mariátegui, marxista", en *Ibid.*, pags. 9 a 16; Carlos Manuel Cox, "Aprismo y marxismo en la obra de Mariátegui" en *Ibid.*, páginas 17 a 22; Juan Vargas, "Aprismo y marxismo" en *Ibid.*, páginas 23 a 51; V.M. Miroshovski, "El 'populismo' en el Perú, papel de Mariátegui en la historia del pensamiento social latinoamericano", en *Ibid.*, páginas 55 a 70; Jorge del Prado, "Mariátegui, marxista-leninista, fundador del Partido Comunista Peruano" en *Ibid.*, páginas 71 a 92; Moisés Arroyo Posadas, "A propósito del artículo 'El populismo en el Perú'", de V. Miroshovski, en *Ibid.*, páginas 93 a 115; Luis Villaverde Alcalá-Galeano, "El socialismo de Mariátegui" en *Ibid.*, páginas 145 a 154; S. Semionov y A. Shulgovski, "El papel de José Carlos Mariátegui en la formación del Partido Comunista del Perú", en *Ibid.*, páginas 165 a 185; Antonio Melis, "Mariátegui, primer marxista de América" en Antonio Melis, Adalbert Dessau y Manfred Kossok, Mariátegui, tres estudios, Lima, Biblioteca Amauta, 1971, páginas 9 a 49; Adalbert Dessau, "Literatura y sociedad en las obras de José Carlos Mariátegui" en *Ibid.* Páginas 51 a 109; Manfred Kossok, "José Carlos Mariátegui y su aporte al desarrollo de las ideas marxistas en el Perú" en *Ibid.*, páginas 111 a 147; Benjamin Carrión, *José Carlos Mariátegui, el precursor, el anticipador, el suscitador*, México, Secretaría de Educación Pública, 1976; José Carlos Mariátegui, *El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy*, Lima, Biblioteca Amauta, 1987; José Carlos Mariátegui, *La novela y la vida, Siegfried y el profesor Canella*, Lima, Biblioteca Amauta, 1987; José Carlos Mariátegui, *Defensa del marxismo*, Lima, Biblioteca Amauta, 1988; Antonio Melis, "José Carlos Mariátegui hacia el Siglo XXI" en Cuadernos de Recienvenido, Sao Paulo, Universidad de Sao Paulo, no. 1, 1996; y José Carlos Mariátegui, *Peruanicemos el Perú*, Lima, Biblioteca Amauta, 1988.

EL LEGADO DE MARIÁTEGUI por Marc Becker

En los últimos sesenta años, Mariátegui ha influenciado de diversas maneras la teoría revolucionaria en toda América Latina. Inspiró a sus contemporáneos para que desarrollasen análisis nuevos y urgentes de su realidad nacional. Ayudó a adaptar la teoría marxista a países que carecían de un alto nivel de desarrollo capitalista. Mariátegui abogó por el potencial revolucionario del campesinado, factor importante de las sociedades latinoamericanas mayormente rurales. Las contribuciones de Mariátegui a la teoría revolucionaria también incluyen sus pensamientos sobre la aplicación “abierto” y no dogmática del marxismo a una situación nacional. Sus teorías no solo han influenciado a los revolucionarios y los movimientos sociales de toda América Latina, Mariátegui también intervino en el desarrollo de la teología de la liberación en América Latina, cobrando la importancia de un mito revolucionario para los movimientos sociales populares.

En un período de tiempo de los años 80, el sandinismo se transformó en símbolo de la lucha socialista en América Latina. Para muchos izquierdistas de toda América Latina, el triunfo de la revolución sandinista fue una inspiración. Habían pasado veinte largos años desde el triunfo de la revolución cubana y muchos ejércitos guerrilleros de Perú, Bolivia, Guatemala y otros países de América Latina habían sido derrotados. La revolución nicaragüense demostró que una insurrección izquierdista con base nacional podría derrotar a una dictadura derechista usurpadora. Además, los sandinistas triunfaron en una situación que no coincidía con los criterios económicos del marxismo para una revolución social. Los sandinistas demostraron que los factores objetivos podían sustituir a factores subjetivos y que se podía fomentar una conciencia revolucionaria en una sociedad subdesarrollada. Como lo afirmó Thomas Angotti, este desarrollo llevó a muchos izquierdistas a reflexionar sobre la importancia histórica de las obras de Mariátegui.¹ En 1982, Vanden llegó a la conclusión que la ideología de la revolución nicaragüense fue al mismo tiempo, la recuperación de una larga historia de lucha nacional y la manifestación nicaragüense específica de la nueva ola revolucionaria que barría el Tercer Mundo.² “En verdad,” especuló Vanden, “quizás la generación largamente esperada por Mariátegui está emergiendo ahora en América Central.”³ Muchos izquierdistas esperaban que el movimiento sandinista fuese un modelo para el futuro, la vanguardia de un movimiento revolucionario que instituiría gobiernos marxistas nacionales en toda América Latina.

En las mentes de muchos, los hechos mundiales que acontecieron durante la última parte de los años 80 e inicios de los 90 borraron casi por completo la posibilidad de una revolución socialista en América Latina. Muchos partidarios políticos de la derecha saludaron con entusiasmo la caída de los gobiernos comunistas en Europa Oriental, la disolución de la Unión Soviética y la derrota electoral sandinista en Nicaragua, esperando que solo fuese cuestión de tiempo para que el gobierno revolucionario de Cuba corriese una suerte similar. Sin la Unión Soviética, muchos esperaban que el marxismo revolucionario se desvaneciera para ser pronto una ideología muerta. Sin embargo, estos puntos de vista perciben ingenuamente que los movimientos marxistas del Tercer Mundo procedían de Moscú. En la izquierda de América Latina, muchos han rechazado las formas autoritarias de gobierno y no consideran que cambiar un dictador por otro sea una mejora global.

Portada del libro *MARIATEGUI AND LATIN AMERICAN MARXIST THEORY* de Marc Becker

Aumentan los llamados a una revolución democrática basada en un modelo estatal pluralista, más que unipartidario, que garantice las libertades de expresión, prensa, organización, conciencia y religión. La crisis del estalinismo en Europa Oriental y la Unión Soviética alteró la correlación de fuerzas del conflicto Este-Oeste, pero dejó intacto un conflicto Norte-Sur que históricamente ha dejado al Tercer Mundo en una posición marginada y subdesarrollada. Los movimientos revolucionarios en América Latina fueron resultado de condiciones internas y no el producto de la Guerra Fría. Muchos marxistas del Tercer Mundo vieron consternados la disolución de la Unión Soviética, no solo por la pérdida de liderazgo, sino por el temor al imperialismo de los Estados Unidos. “Sentimos que esto llevará a un mundo unipolar, donde los Estados Unidos liderarán el mundo”, dijo un líder comunista de la India. “Para todos los países del Tercer Mundo, un mundo unipolar no es buen augurio.”⁴ Muchos pueblos del Tercer Mundo habían llegado a depender del poder militar de la Unión Soviética para ayudar a detener la expansión imperialista de los Estados Unidos y temían enfrentar el poderío económico y político de los Estados Unidos sin la protección de la Unión Soviética como baluarte contra sus enemigos.

Aunque los avances industriales y tecnológicos de la Unión Soviética en los años 50 crearon un modelo brillante que atrajo a muchos del Tercer Mundo, en los años 80, el estado burocrático soviético centralizado, pesado e ineficiente, no era un ejemplo que muchos desearan emular. Un punto de vista que surgió entre los izquierdistas fue que el modelo soviético para construir el socialismo había fracasado y su implementación en Europa Oriental estaba condenada al fracaso. Esta tendencia argumentaba que el marxismo revolucionario debe desarrollarse a partir de un contexto histórico específico y no puede ser transplantado de una sociedad a otra. En un artículo del *Report on the Americas* del NACLA, el marxista argentino Carlos Vilas declaró que “si admitimos que el socialismo de estado

del bloque soviético no era la única versión del socialismo ni la mejor, el colapso soviético no parece ser tan relevante para América Latina, desde una perspectiva económica o política.”⁵ En un importante artículo del periódico *Monthly Review*, Vilas articuló tal crítica a Europa Central donde regímenes sobrecentralizados, burocráticos y autoritarios crearon una situación explosiva a nivel social, económico y político. Aunque el rechazo al socialismo en Europa Oriental desafió las posibilidades teóricas del socialismo en el Tercer Mundo, Vilas sostuvo que la necesidad de formas indígenas de la teoría socialista era más fuerte que nunca. Sin el socialismo, los países del Tercer Mundo no experimentarían el desarrollo capitalista sino la periferalización capitalista. Vilas llegó a la conclusión que el socialismo era, por lo tanto, la única alternativa posible para los países del Tercer Mundo que buscan no solo desarrollo económico sino también democracia efectiva y real.⁶

Después de la caída de los regímenes de línea dura en Europa Oriental, el presidente de los Estados Unidos, George Bush, denunció que Castro era el último líder estalinista sobreviviente y presionó para que lo derrocaran. Las declaraciones de Bush indicaban que él, junto con muchos otros, no comprendía que la tradición política de la cual emergió Castro no tuvo sus raíces en la Unión Soviética sino en la realidad de América Latina. Cuba había mantenido lazos económicos estrechos con la Unión Soviética, pero ello no significaba que Castro era un peón o apoderado de la Unión Soviética en el Caribe. Cuba era, más bien, un aliado tratando de establecer relaciones con la Unión Soviética en un plano de igualdad. Cuba se abstuvo cuidadosamente de criticar en público las decisiones o cambios políticos en la Unión Soviética, siendo éste un entendimiento recíproco que caracterizó las relaciones entre Cuba y la Unión Soviética⁷ por más de treinta años. Un buen ejemplo de ello fue la Operación Carlota, campaña militar donde Cuba acudió en respaldo del gobierno izquierdista de Angola en los años 70 y 80. Para lograr sus objetivos, Cuba necesitaba la maquinaria militar soviética mientras que la Unión Soviética necesitaba las tropas cubanas conectoras del manejo de dicha maquinaria. Así, sus roles en Angola tendían a complementarse mutuamente y sus relaciones estaban caracterizadas por el respeto mutuo. Más que una guerra soviética por poder, la participación de Cuba en Angola se entiende mejor como una guerra de aliados marxistas con intereses distintos que convergían a veces.⁸

Aunque los cubanos no buscaron oportunidades para discrepar con la Unión Soviética, tampoco temieron expresar su independencia de sus aliados. Después de la *perestroika* de Mikhail Gorbachev y las reformas económicas en la Unión Soviética, *Granma*, el diario oficial del Partido Comunista Cubano, declaró que “pase lo que pase en la Unión Soviética, no nos apartaremos del sendero que hemos escogido.” Declaró que los cubanos avanzarían con su revolución nacional antiimperialista hacia la sociedad más justa, más humana y más racional que haya conocido el hombre: la sociedad socialista. El editorial continuaba afirmando que con las lecciones extraídas de las experiencias concretas de la revolución cubana, Cuba continuaría con su línea independiente, cubana y socialista.⁹ “Para aquellos que sostienen que Cuba debe ser aplastada, humillada y destruida porque ya no existen la Unión Soviética ni la comunidad so-

1. Angotti, “Contributions of José Carlos Mariátegui,” 33.
2. Vanden, “Ideology of the Insurrection,” 58.
3. Vanden, “Marxism and the Peasantry in Latin America,” 95.

4. Gargan, “India’s Communist Reel in Soviet Upheaval,” 8A.
5. Vilas, “What future for Socialism” 14-15.

6. Vilas, “Is Socialism Still an Alternative for the Third World?” 108.
7. “Nuestro deber sagrado,” 1.
8. Durch, “Cuban Military,” 71-72.
9. “Nuestro deber sagrado,” 1.

cialista europea,” añadió Castro “les decimos que nuestra revolución es y siempre será tan cubana como las palmeras, que no pediremos permiso a nadie para hacer la revolución y que la revolución existe y seguirá existiendo por la voluntad soberana de nuestro pueblo.”¹⁰ Aunque la pérdida de la ayuda soviética fue un golpe para la economía cubana, las predicciones de los Estados Unidos, que el futuro del comunismo cubano dependía de la Unión Soviética, fueron enormemente exageradas. Este análisis no consideró la naturaleza de una teoría marxista indígena en América Latina. A pesar de la retórica del gobierno de los Estados Unidos, Cuba no era un régimen estalinista y el pueblo cubano tenía mayor conciencia política que sus contrapartes de Europa Oriental. Los factores indígenas en América Latina estaban en juego para desarrollar el socialismo en Cuba y como el socialismo cubano era una respuesta a realidades históricas específicas, el futuro de dicho país también debe entenderse dentro de tal contexto. Quienes consideran inevitable el colapso del gobierno cubano no comprenden que el marxismo cubano no se puede igualar al marxismo de Europa Oriental. Aun cuando Cuba dependía en gran parte económica y militarmente de la Unión Soviética y Europa Oriental, suponer que la evolución política en Europa alteraría radicalmente la composición ideológica de la revolución cubana es caer dentro de la mentalidad colonialista y eurocéntrica que le niega a América Latina el derecho a ser su propio protagonista histórico.

El gobierno de los Estados Unidos ha defendido conceptos errados similares de cambio radical en otros países de América Latina. En el transcurso de los once años en el poder del FSLN en Nicaragua, el gobierno de los Estados Unidos temía que los sandinistas siguieran el camino de Cuba al socialismo. Muchos celebraron la derrota electoral del Frente Sandinista en las elecciones nicaragüenses de febrero de 1990 como el final de la revolución sandinista y el experimento socialista en dicho país. Sin embargo, estos puntos de vista son una percepción estrecha y excesivamente simplificada de la naturaleza del cambio revolucionario en América Latina. Aunque existen similitudes entre Cuba y Nicaragua, ambos países tienen sus propias identidades e historias únicas. En los dos países, los revolucionarios tienen su propio objetivo individual y realidades subjetivas con las cuales necesitan luchar. En Nicaragua, una década de terror Contra patrocinado por Estados Unidos y la consiguiente guerra económica, no solo descarrilaron muchos aspectos socialistas de la revolución sino que también pusieron en tela de juicio la base misma de la ideología sandinista. Los apuros económicos demostraron ser más decisivos que el fervor e idealismo revolucionario de los sandinistas para determinar el resultado electoral. Más que los factores subjetivos que fomentaban una conciencia política, los factores económicos parecieron alejar a la sociedad nicaragüense de su idealismo revolucionario, lo que aparentemente demostraba una falta de conciencia revolucionaria en dicho país.

¿El marxismo subjetivo de los sandinistas había fracasado en instituir un cambio revolucionario duradero en Nicaragua? Los sandinistas no institucionalizaron su revolución hasta el punto que lo hicieron los cubanos y, a dife-

rencia de Castro en su declaración de abril de 1961, el liderazgo sandinista nunca declaró que la revolución nicaragüense era de naturaleza marxista-leninista. Quizás la evolución en Nicaragua era una precaución contra una interpretación meramente subjetiva de un proceso revolucionario. Los factores económicos siguen jugando un gran papel en la evolución de los eventos sociales y políticos y no pueden ser ignorados. Sin embargo, el hecho que los sandinistas sufrieran una derrota electoral no significa necesariamente que los factores revolucionarios subjetivos que ayudaron a llevarlos al poder ya no estén en juego. En el período posterior a la derrota electoral, los sandinistas lucharon por desarrollar análisis frescos e innovadores para criticar el nuevo orden social emergente. La derrota del gobierno sandinista también fue una advertencia que un movimiento revolucionario no podía ser un asunto meramente (o incluso principalmente) centralizado y estatista. Los cambios revolucionarios duraderos en Nicaragua han sido aquellos lanzados por organizaciones populares de masa. Como dijo Gramsci cerca de sesenta años antes, el proceso revolucionario no es sólo un asunto de ganar el control de un gobierno, sino más bien una cuestión de transformar la conciencia política del pueblo. Más que subvertir el valor de las obras e ideas de Mariátegui, el proceso continuo de los sandinistas de aplicar un nuevo análisis a una realidad histórica diferente es una contribución importante al desarrollo de una teoría revolucionaria en América Latina.

Los acontecimientos históricos en América Latina, fuera de la revolución en Cuba y Nicaragua, son evidencia posterior de las singulares raíces indígenas del socialismo en el hemisferio occidental. En Chile, los revolucionarios adoptaron muchas de las metas de Cuba y Nicaragua de antiimperialismo, reforma agraria y nacionalización económica, pero su metodología fue verdaderamente chilena. En 1970, por primera vez en la historia, un gobierno marxista llegó al poder de un país por vías democráticas. La victoria de Allende se produjo en un país con una tradición democrática larga y sólida. A diferencia de las guerrillas de Cuba y Nicaragua que usaron la violencia y métodos extralegales para llegar al poder, la coalición izquierdista *Unidad Popular* de Allende trabajó por completo dentro de las estructuras legales y constitucionales existentes. La victoria socialista en Chile estuvo enraizada en esa cultura y no fue una importación foránea de Cuba o la Unión Soviética. Aunque Allende y Castro eran amigos cercanos y aliados, los cambios revolucionarios en Chile no fueron importados de Cuba. Al finalizar una visita de tres semanas a Chile en 1971, Castro señaló que, aunque Cuba tuvo la primera revolución socialista en América Latina, había ganado su revolución por medios tradicionales-violencia. Por otro lado, Chile había proseguido con su revolución de manera inusual y única, despertando la curiosidad, interés, comprensión, solidaridad y apoyo moral de los cubanos.¹¹ Estamos haciendo un nuevo camino, proclamó Allende poco después de su victoria. “Nuestra tarea es definir y poner en práctica, como la vía chilena al socialismo, un nuevo modelo de Estado.”¹² La vía chilena al socialismo terminó tres años después con un golpe militar respaldado por Estados Unidos. Desde entonces, activistas y universitarios han discutido el valor y las lecciones del experimento chileno. Sin

considerar lo que estos pudieran ser, un tema primordial es que la vía chilena al socialismo tuvo sus raíces en su propia realidad nacional e integró la construcción de formas indígenas del pensamiento marxista en América Latina.

Esta búsqueda de una vía indígena al socialismo en los años 90 no fue una tarea exclusiva de América Latina. Dentro del contexto de una crisis mundial del socialismo, el Partido Comunista Sudafricano (SACP) también trató de desarrollar soluciones socialistas no dogmáticas dentro de su propio contexto nacional. No sólo deseaba estudiar abiertamente y aprender del fracaso del socialismo en otras partes del mundo, sino también adaptar la teoría internacional marxista a su propia situación. El rechazo del SACP a ligarse a una ideología dogmática le permitió seguir siendo fuerte en un mundo que parecía apartarse del marxismo. Al continuar el debate dentro del partido acerca de la naturaleza de su futuro socialista, el SACP presentó un modelo poderoso y profundo que podría dar lecciones importantes a los luchadores por un cambio revolucionario en América Latina. La invocación a una teoría revolucionaria flexible y no dogmática no solo se adhirió a Mariátegui y otros pronunciamientos latinoamericanos para romper con las demandas rígidas de la Internacional Comunista en los años 20, también demostró que el SACP permanecía al filo de la redefinición de la teoría marxista en los años 90.

La lucha continua de los grupos izquierdistas del Tercer Mundo demuestra que recurren a raíces bastante diferentes de aquellas de Europa Central. No es mera coincidencia que en noviembre de 1989 el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional de El Salvador lanzase una gran ofensiva guerrillera simultáneamente a la caída del Muro de Berlín en Alemania y el derrumbe de los regímenes estalinistas de línea dura en toda Europa Oriental. A pesar del colapso del comunismo en Europa y la desorientación de gran parte de la izquierda tradicional en otras partes, un analista escribió que el FMLN no sólo conservó su vitalidad como una de las organizaciones más fuertes de la izquierda revolucionaria en América Latina, sino que ha forjado para sí un rol central en la sociedad salvadoreña.¹³ La resistencia del FMLN no puede atribuirse exclusivamente a su estrategia militar, pues cuando las condiciones eran correctas deseaba entablar negociaciones de paz con el gobierno salvadoreño. El centro de este fenómeno fue la disposición del FMLN de descartar el pensamiento mecánico y adaptar su estrategia política a las cambiantes circunstancias nacionales. En un artículo del diario *Foreign Policy*, el Comandante Joaquín Villalobos, miembro del Directorio Nacional del FMLN y uno de sus líderes teóricos, enfatizó este aspecto. “Las revoluciones reflejan la realidad concreta donde se desarrollan,” escribió. “De acuerdo a ello, cada proceso revolucionario debe desarrollar sus propios modelos y conceptos.”¹⁴ Villalobos sostuvo que incluso era imposible que pudiese haber una transferencia de la revolución bolchevique o de los regímenes socialistas de Europa Central a El Salvador. Además, “Sería políticamente absurdo vincular a la Unión Soviética con toda revolución emergente me-

11. Castro, “Fidel Castro on Chilean Fascism and Revolution,” in Johnson, *Chilean Road to Socialism*, 341.

12. Allende, “First Message to the Congress by President Allende,” in Debray, *Chilean Revolution*, 174-75.

13. Robinson, “Transition in El Salvador.”

14. Villalobos, “Democratic Revolution,” 103.

10. Castro, “Only Those Who Resist Will Win.”

dante un tipo de cordón umbilical ideológico, sostuvo.¹⁵ Villalobos no negó la influencia marxista en el FMLN, pero evitó cualquier aplicación dogmática de los principios ideológicos a una situación específica. En lo que muy bien puede referirse a la influencia de Mariátegui en la revolución salvadoreña, Villalobos sostuvo que la lucha contra el dogmatismo dentro del pensamiento revolucionario latinoamericano precede a la *perestroika*.¹⁶ Shafik Handal, secretario general del partido comunista salvadoreño y miembro del Alto Comando del FMLN, hizo eco de las declaraciones de Villalobos. En entrevista con Marta Harnecker, Handal comentó el modelo presentado por Cuba para adaptar el marxismo a una situación nacional. “La originalidad de la revolución cubana fue uno de los factores principales que justifica su enorme atractivo e influencia de masas en América Latina y en el Tercer Mundo en su conjunto.” Handal dijo: “Seguimos con extremo interés el esfuerzo extraordinariamente complejo que hace Cuba de manera original y creativa por tratar de encontrar sus propias soluciones a problemas que son muy diferentes de aquellos de los países comunistas de Europa Central y la URSS.”¹⁷ El FMLN siguió siendo uno de los grupos insurgentes izquierdistas más fuertes en América Latina no por un supuesto apoyo militar encubierto de Cuba, la Unión Soviética o los países del bloque de Europa Oriental, sino por su disposición para despojarse de la ortodoxia y adaptar sus estrategias a nuevas realidades nacionales e internacionales.¹⁸

La influencia de Mariátegui no sólo se refleja en los comentarios de Handal y Villalobos sobre un marxismo nacional no dogmático sino también en sus comentarios sobre la reforma agraria y la teología de la liberación. El respaldo del cual gozó el FMLN entre los campesinos salvadoreños demuestra que, como Mariátegui, las guerrillas salvadoreñas comprendieron que en América Latina, la izquierda revolucionaria debe trascender la clase trabajadora urbana a fin de cultivar un alto nivel de conciencia revolucionaria en la población. Villalobos enfatizó la necesidad de que la democracia económica y social rompa con la hegemonía económica de la oligarquía del país e implemente una reforma agraria orientada al campesinado. La reforma del sistema de tenencia de la tierra en El Salvador (como en Perú y toda América Latina) sigue siendo clave para lograr el cambio social. Villalobos también enfatizó las contribuciones de los cristianos a la revolución salvadoreña y el rol desempeñado por el arzobispo mártir Oscar Romero al despertar el espíritu revolucionario del pueblo salvadoreño.¹⁹ Villalobos siguió diciendo que “La historia de Europa Oriental puso claro como el cristal que el poder absoluto es un error y que la gente no solo vive de pan.”²⁰ La declaración de Villalobos reflejó claramente las preocupaciones de Mariátegui en los años 20. Su declaración que “la gente no solo vive de pan” se compara con la declaración de Mariátegui

(que también repitió el revolucionario sandinista Tomás Borge) que “para los pobres, la revolución será la conquista no solo de pan, sino también de belleza, arte, pensamiento y todos los placeres del espíritu.”²¹

En su estudio *Marxism, Socialism and Democracy in Latin America*, Richard Harris bosqueja un proyecto democrático radical que evitaría el dogmatismo rígido y las divisiones sectarias a fin de revitalizar la izquierda en América Latina. Aboga por la relevancia continuada de la teoría marxista en América Latina. Puesto que no existe un modelo universal o teoría general de transición al socialismo en América Latina, los izquierdistas deben realizar una aplicación crítica no dogmática del marxismo a las características específicas de su propia sociedad. Siguiendo la filosofía que el socialismo es inherentemente democrático, el modelo de Harris emplea una crítica de Gramsci a las dimensiones ideológicas y culturales, así como políticas y económicas de la lucha revolucionaria. Contrasta un modelo participativo de democracia con uno representativo y afirma que los sandinistas perdieron el poder en Nicaragua porque “descartaron la oportunidad de establecer un sistema político democrático radical, basado en formas de autogobierno y autogestión de abajo hacia arriba que hubieran dado a trabajadores y campesinos no solo el control directo sobre el proceso revolucionario sino la propiedad y administración de los medios de producción.”²² Una lucha revolucionaria por la democracia política no debe perder de vista la lucha más importante por la democracia social y económica. Sin embargo, no basta con transformar las condiciones materiales del subdesarrollo, también se deben transformar las condiciones subjetivas y en su lugar desarrollar una nueva cultura y conciencia social revolucionarias.²³

El marxismo aún puede probar su resistencia contra los actuales cambios geopolíticos de la escena mundial. Más que demostrar la debilidad inherente de la teoría marxista, los eventos mundiales recientes ilustran los inevitables defectos de la aplicación de una análisis político de cien años de vida a una situación contemporánea. Aunque el marxismo como guía dogmática para una situación histórica está desacreditado, han sobrevivido quienes desean trabajar abierta y libremente con el pensamiento marxista. En un tratado sobre teoría revolucionaria en Nicaragua, Roger Burbach y Orlando Núñez llamaron al experimento socialista de los 80 un faro político para los demás en América Latina y el resto del mundo para descartar viejas ideas y conceptos que ya eran inadecuados y tomar la iniciativa en América Latina.²⁴ Antes de su muerte en 1990, el historiador marxista peruano Alberto Flores Galindo escribió que aunque el socialismo había expirado en otros países, aún tenía futuro en América Latina si los izquierdistas eran capaces de repensarlo e imaginar nuevos escenarios. Flores Galindo apeló a la aplicación creativa e innovadora del marxismo en América Latina. “El socialismo no tiene una sola vía”, continuó. “Las puertas al socialismo no están cerradas permanentemente, solo debemos encontrar nuevas maneras de abrirlas.”²⁵ No hay un camino úni-

co al socialismo y lo que funcionó en un país puede no funcionar necesariamente en otro lugar, cultura o época. De igual manera, en una entrevista poco antes de su muerte en 1991, el estudioso de Mariátegui, José Aricó, invocó a un debate abierto entre izquierdistas y dijo que era tiempo de repensarlo todo.²⁶

Aun con los cambios drásticos en la Unión Soviética y Europa Oriental y la conmoción en las ideologías marxistas, el pensamiento de Mariátegui ha mantenido su relevancia para los movimientos revolucionarios en América Latina. En un artículo sobre la *perestroika* en el diario *El Día Latinoamericano* de México, Vanden afirma que al seguir la tradición de Mariátegui, los marxistas pueden evitar los abusos y defectos de un estalinismo dogmático.²⁷ De igual manera, los editores del *Anuario Mariateguiano* sostuvieron que frente a estos cambios, el pensamiento de Mariátegui conservó su valor y estudiar su obra seguía siendo importante para establecer un socialismo moderno.²⁸

Aunque en América Latina hay puntos en común que son resultado de una historia de colonialismo y subdesarrollo económico, y los temas familiares de antiimperialismo, movimientos revolucionarios con base campesina y formas subjetivas de la teoría marxista salen a la superficie en situaciones divergentes, hay muchos puntos específicos que cada movimiento revolucionario debe tratar según su propia situación histórica concreta. Por lo tanto, el desafío que enfrentan los marxistas de América Latina es adaptar las obras de Marx y Lenin y demás revolucionarios a las condiciones de los años 90. Declaraciones provenientes de diversos movimientos revolucionarios de izquierda alrededor del mundo se comparan con el pedido de Mariátegui que el socialismo indamericano sea una creación heroica nacida de “nuestra propia realidad y en nuestro propio idioma” y no solo el resultado de evoluciones en Europa y otros lugares.²⁹ El resurgimiento del pensamiento marxista puede no provenir de Europa, donde residen sus orígenes intelectuales, sino más bien de grupos del Tercer Mundo deseosos por trabajar con doctrinas marxistas en forma abierta y flexible. Los grupos revolucionarios que siguen una marca de marxismo subjetivo de inspiración mariateguista, aún podrían izar la bandera de la pasión revolucionaria por toda América Latina. Como en Nicaragua y Cuba, esta lucha debe derivarse de un estudio de las condiciones locales. Los grupos capaces de hacerlo quedarán como testigos del potencial revolucionario que aún queda para una marca de teoría marxista latinoamericana que Mariátegui articuló por primera vez en el Perú de los años 20.

15. *Ibid.*, 118, 113.

16. *Ibid.*, 113.

17. Shafik Handal, “Cuba, El Salvador and the *Perestroika*.”

18. For a solid assessment of the FMLN’s adaptive “new thinking” of the late 1980s, which allowed them to rise above sectarian beliefs and mechanical thinking in order to build what is today the strongest revolutionary movement in the hemisphere, see Miles and Ostertag, “FMLN: New Thinking.”

19. Villalobos, “Democratic Revolution,” 120.

20. Quoted in Robinson, “Transition in El Salvador.”

21. Mariátegui, “Henri Barbusse,” in *Escena contemporánea*, 158. Also see Borge Mariátegui, *Los primeros pasos*, 151.

22. Harris, *Marxism, Socialism and Democracy*, 201-2.

23. *Ibid.*, 177-78.

24. Burbach and Núñez, *Fire in the Americas*, 1.

25. Flores Galindo, “Peru: A Self-critical Farewell,” 9-10.

26. Aricó, “Rethink Everything,” 21-23.

27. Vanden, “José Carlos Mariátegui y la *perestroika*,” 22.

28. “Nota editorial,” *Anuario Mariateguiano* 2 (1991): 7.

29. Mariátegui, “Aniversario y balance,” *Amauta* 3/17 (September 1928): 3.

ESTÁ EN PRENSA:

DE MARIÁTEGUI A BOBBIO

Ensayos sobre socialismo y democracia

por Alberto Filippi

Alberto Filippi, doctor en filosofía, graduado en la Universidad de Roma La Sapienza; estudioso del derecho en la Universidad Central de Caracas, y profesor visitante en universidades y centros de investigación de Europa y América, presenta en este libro una recopilación de sus ensayos en los que verifica la vitalidad y actualidad del pensamiento de José Carlos Mariátegui, frente a las múltiples distorsiones a las que ha sido sometido por sus detractores ideológicos tanto en el Perú como en la Rusia Soviética, (supuestamente europeizante ajeno a sus hechos y cuestiones y en la ex U.R.S.S. considerado como populista, intelectual pequeñoburgués en un país campesino, atrasado, según V. M. Miroshevski), desde cuando estaba en vida y aún más después de su prematura desaparición física. Reconstruyendo los diversos debates generados por las ideas de su especulación política e ideológica, quien como Mariátegui, ha sido y sigue siendo en su obra, uno de los mayores protagonistas de la cultura y militancia socialista entre el Perú, América Ibérica e Italia, explica las razones de la vigencia de sus ideas que han terminado por confluir, junto a los fecundos aportes de los revolucionarios italianos Piero Gobetti, Antonio Gramsci, en la concepción teórica del socialismo liberal de Norberto Bobbio. Personalidades e ideas cuyo estudio es indispensable para enfrentar el desafío que implica a repensar la necesidad histórica y los alcances institucionales de la democracia y el socialismo en este comienzo del siglo XXI.

Dr. Alberto Filippi

A continuación publicamos el índice del libro bajo comentario.

- I.- José Carlos Mariátegui
- II.- Teoría de la historia y de la revolución política: Gobetti y Mariátegui entre Italia y Perú.
 - 1- Modelos teóricos e historias extra-europeas
 - 2- La comparación entre las instituciones políticas europeas y las hispanoamericanas en el análisis de Gobetti y Mariátegui.

- 3- Las dificultades históricas de la revolución "cristiano-capitalista-burguesa" en Italia y en la América Ibérica
 - 4- Los vínculos jurídico-políticos entre liberalismo y socialismo.
 - 5- De Marx al "mito bolchevique" y al "mito revolucionario" del socialismo en Perú.
 - 6- La polémica sobre el presente y el futuro de la revolución en nuestra América con los dirigentes de la *Comintern*.
 - 7- La negación reaccionaria del liberalismo y el socialismo después de Gobetti y Mariátegui.
- III- Liberalismo y socialismo en la "democracia integral" de Bobbio.
- 1- La relación liberalismo/socialismo en el pensamiento político italiano y latinoamericano antes de Bobbio.
 - 2- Socialismo y democracia entre Gramsci y Bobbio en la interpretación de José Aricó y Juan Carlos Portantiero.
 - 3- Derechos de libertad y derechos sociales en la concepción bobbiana de la "democracia integral".
 - 4- Teoría del derecho y teoría de la política: reglas para la democracia y para el socialismo.
- IV- Partidos Comunistas en América Latina
- V- Repensar a Gramsci después de los derrumbes comunistas. Consideraciones sobre socialismo y democracia a setenta años de su muerte.
- VI- Homenaje a Juan Carlos Portantiero: el intelectual en la política. Notas sobre la difusión del pensamiento de Gramsci en América Latina.

GALANTÍSIMO SONETO

Para el álbum de la señorita
Alicia Cárdenas García

Musa de carne y hueso (tal decía el poeta que amó a su pobrecita Margarita Gaultier), eres en este siglo señorita biznieta del siglo de las blancas pelucas y el minué.

Tú no evocas la corte de María Antonieta ni rima una pavana tu delicado pie, ni te ama un paje rubio, ni ha habido una secreta estocada que mate por tu amor y tu fe.

No eres princesa, dama de brial ni castellana, ni eres hada de Oriente, ni eres diosa pagana, ni te ha cantado un loco trovero provenzal.

Mi siglo te ha forjado muy suya, muy bonita, muy metropolitana. Y solo señorita te ha dicho esta mañana la crónica social.

Abril de 1928

José Carlos Mariátegui

Soneto de José Carlos Mariátegui, dedicado a la señorita Alicia Cárdenas García, fina pianista y compositora, que solía reunir a escritores y artistas en las amenas tertulias de los años 20 al 30, en su residencia de Miraflores. Posteriormente se casó con el compositor peruano Theodoro Valcárcel Caballero (Puno 1897, Lima 1942). El poema fue descubierto, en el Álbum de Alicia, por el poeta Alberto Valcárcel cuando trabajaba en su libro «Suray Surita habla de Theodoro» publicado el año 2003, que narra, en prosa poética, los años claves de la vida del gran compositor y donde se transcribe, como primicia, el galante soneto.

CON UNESCO EN PARÍS

El pasado mes de abril, Sara Beatriz Guardia se reunió en París con Edgar Montiel, Jefe de la Sección de las Políticas Culturales. División de las Políticas Culturales y del Diálogo Intercultural de la UNESCO, a fin de coordinar diversas actividades relacionadas con el Simposio Internacional Conmemorativo del 80 Aniversario de la aparición de los 7 Ensayos de José Carlos Mariátegui.

Sara Beatriz Guardia

Edgar Montiel, aseguró su apoyo a un evento de trascendental importancia, y sostuvo que así como José Carlos Mariátegui tuvo respuestas innovadoras y profundas a los retos y desafíos de su época, le toca a la presente generación emular el ejemplo del Amauta y buscar respuestas a los desafíos actuales con creatividad y audacia. Al respecto, cabe mencionar que en el Boletín 7 Ensayos 80 años, se vienen publicando artículos inéditos de estudiosos del pensamiento de José Carlos Mariátegui con el objetivo de contribuir a la reflexión de su obra que abarcó los ámbitos de la política, economía, arte, cultura, literatura, cine, psicoanálisis. Todo forma parte del conjunto de la sociedad que él intenta cambiar de rostro. No es imparcial ni ajeno a cuanto ocurre a su alrededor. «No soy un espectador indiferente al drama humano», enfatiza. «Soy, por el contrario, un hombre con una filiación y una fe».

Asimismo, durante la entrevista para el programa de televisión Europa - América Latina, Sara Beatriz Guardia sostuvo que durante las ocho décadas que han transcurrido desde que Mariátegui publicara, *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, cambios sustanciales han transformado el escenario internacional y, sin embargo, la obra de Mariátegui mantiene una notable actualidad en la resolución de los problemas que enfrentan los pueblos de América Latina.